802

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

REINAR
PARA
NO REINAR,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
924

REINAR PARA NO REINAR.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

DRAMÁTICAS.

D. Jaime el Desdichado. Drama en tres actos y en verso.
Una herida en el alma. . Drama en un acto y en verso.
El hijo de Sancho el Noble Drama en tres actos y en verso.
Mira de Améscua. . . . Drama en tres actos y en verso (1).
Apuesta de amor. . . . Comedia en dos actos y en verso (2).
Sobra y falta. . . . . Comedia en tres actos y en verso.
Witiza. . . . . . Drama en tres actos y en verso.
La expulsion de los moriscos. . . . . . Drama en tres actos y en verso.
Fondo y superficie. . . Drama en tres actos y en prosa (3).
Torrigiano . . . . . Drama en un acto y en verso (4).
El último dia. . . . . Drama en un acto y en verso (5).
La luz del rayo. . . . . Drama en tres actos y en verso.
Reinar para no reinar. . Drama en tres actos y en verso.

NO DRAMÁTICAS.

Meditaciones y Recuerdos, poesías.
El manto de la Vírgen, leyenda en verso.
El Teatro en España, estudios históricos.

EN PREPARACION.

Historias de la vida, cuentos verdaderos, en prosa.
Artículos varios.
Leyendas, en verso.
Los bandos de Sevilla, novela histórica.

---

(2) Estrenóse con el título de *El valle de lágrimas.*
(2) En colaboracion con D. Luis Montoto.
(3) Id. id. con D. Luis Escudero.
(4-5) Id. id. con D. Luis Montoto.

REINAR

PARA

NO REINAR,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro de Cervantes, de Sevilla, en la noche del 20 de Octubre de 1877.

SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.
1877.

16

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A mi Padre muerto.

¡Oh, Padre mio! La muerte rompe los vínculos de la carne, mas no interrumpe la misteriosa comunion de las almas. Hállaste presente á la mia como en los tiempos en que gozaba la realidad de tu presencia, y en prueba de la fidelidad de mi cariño, te dedico esta obra, última, acaso, que brotará yá de mi pluma, doblada y rota entre las adversidades de mi vida.

PEDRO DELGADO, *el eminente actor español, á quien tú profesabas singular afecto, ha recogido en este drama abundantísima cosecha de laureles, de los que me ha cedido no pequeña parte, con su acostumbrada generosidad. Yo recojo los que él me cede, no para mí, sino para depositarlos piadosamente sobre la losa que cubre tu sepulcro.*

Acepta ¡oh Padre mio! este homenaje de tu hijo

José de Velilla.

721805

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
CONSTANZA.	D.ª CÁRMEN ARGÜELLES.
FLORA.	» MATILDE RODRIGUEZ.
ENRIQUE.	D. PEDRO DELGADO.
FEDERICO.	SR. SIMÓ.
MANFREDO.	» OLIVA.
ROBERTO.	» QUINTANA.
BENITO.	» HERNANDEZ.

Nobles, cortesanos, soldados, cazadores, monteros y pueblo.

Siglo XIV: año de 1390.—La accion pasa en una quinta de las cercanías de Palermo, capital del reino de Sicilia, y en esta ciudad.

ACTO PRIMERO.

Portal de una quinta.—Al foro gran puerta de entrada, y á cada lado de ésta una ventana, tambien grande, por las cuales, del mismo modo que por la puerta, se ven selvas y montes practicables.—Al lado afuera de la puerta del foro se verá un emparrado.—A la derecha dos puertas laterales, y otras dos á la izquierda: en el muro que média entre estas últimas, y adosado al mismo, se ve el hogar con su chimenea, apagado. En uno de los lienzos de pared que médian entre la puerta del foro y las ventanas, habrá una panoplia de armas blancas, y en el otro lienzo colgados algunos instrumentos de labranza.—Los muros deben figurar ser de piedra, teniendo toda la construccion un cierto aspecto, en parte de quinta de recreo, y en parte de castillo ó fortaleza. El mueblaje consiste en sillones y taburetes apropiados á la época en que se figura la accion.—Al alzarse el telon aparecen Constanza, sentada en un sillon, y Flora, sentada en un taburete, á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

CONSTANZA, FLORA.

FLORA. No os inquiete la tardanza
de vuestro padre: alejado
tanto tiempo de la córte,
al volver de nuevo—es claro—
sus antiguas amistades
y recuerdos cortesanos
le habrán detenido en ella.

CONST. Hace, Flora, muchos años
que en la soledad tranquila

de esta quinta, y de los campos
que la circuyen, mi padre
vive feliz, y apartado
de pompas y ostentaciones;
no sé yo si desengaños
ó penas, á este retiro
le trajeron....

FLORA. Alterado
con aquellas novedades
que de la córte le trajo
aquel galan caballero
que os miraba tanto, tanto, (Con intencion.)
para Palermo al instante
partió.

CONST. Desde aquel aciago (Melancólica.)
triste dia, en que al sepulcro
bajó mi madre, y llorando,
aunque era muy niña entónces,
lamenté mi desamparo,
en esta quinta vivimos,
y nunca mi padre ha estado
ausente por tantos dias:
con razon me sobresalto.
Y, además, como ahora anda
Sicilia revuelta en bandos,
temo....

FLORA. Tambien tengo miedo
desde que sin él estamos.

CONST. ¿Qué causa...?

FLORA. Os diré: hace noches
que sentí ruidos extraños
fuera de la quinta.

CONST. ¡Cómo!

FLORA. Me asomé á un mirador alto (Con misterio.)
y ví un ginete, señora,
como un fantasma pasando
alrededor de la casa,
sobre la crin del caballo
abandonadas las riendas;

y con singular cuidado
las rejas y los balcones
de hito en hito contemplando.
Alumbró en aquel momento
de la luna un tibio rayo
su rostro....

CONST. ¿Y le viste?

FLORA. Sí.

CONST. ¿Quién era, Flora?

FLORA. Ese hidalgo
que vino con las noticias
de la córte: enamorado,
sin duda, estará de vos.

CONST. ¡Calla!

FLORA. Sin recelo os hablo,
que Enrique salió á cazar
y ahora no puede escucharnos.
¡Es tan celoso!

CONST. ¡Silencio!
Yá sabes que es ignorado
de mi padre el amor nuestro;
que hijo Enrique es de un villano,
y que le amparó mi padre
viéndole desamparado.

FLORA. Sé la historia.

CONST. El mismo dia
en que á esta quinta llegamos
estaba yá Enrique en ella;
mi buen padre entre sus brazos
le estrechó, y así me dijo:
ámale como á un hermano.

FLORA. Los límites del precepto (Con malicia.)
paternal habeis pasado.
No puede quejarse Enrique;
que, con amor y regalo,
como á hijo de vuestro padre
en la quinta le han criado.
Más parece caballero,
por lo galan y bizarro,

que hijo de un rústico.

CONST. Niños,
de la misma edad acaso,
el afecto de la infancia
nos unió con firmè lazo.
Luégo nuestros corazones,
por viva llama abrasados,
aquel afecto inocente
por otro mayor cambiaron.

FLORA. Si vuestro padre supiera
que Enrique se atreve á amaros,
fuera terrible su enojo....

CONST. Sí, su linaje es preclaro, (Con sentimiento.)
y nunca consentiria
con otro humilde enlazarlo.
¡Cual si entendieran las almas,
que une un amor puro y santo,
las diferencias que existen
entre nobles y villanos!

FLORA. Decís bien: yo, que desciendo
de un linaje limpio y rancio
como el que más, de Benito,
que es un plebeyo, me hallo
enamorada.... En amores,
lo mismo los aldeanos
que los caballeros sirven:
todos empiezan rogando
y acaban luégo pidiendo,
y por eso yo comparo
al amante con la monja,
què boca sólo le han dado
para pedir.

CONST. ¡Ay, tú puedes
ir en realidad tornando,
áun más que yo venturosa,
las dichas con que has soñado!
Que yo, triste, á mi nobleza
encadenada y luchando
con el sumiso respeto

que debo á mi padre anciano,
nunca espero que se cumplan
mis sueños.

FLORA. Dejad á un lado
el temor: yo le diria:
me ama Enrique, y yo le amo:
dad, padre, vuestra licencia,
y no os mostreis enojado;
que, querais ó no querais,
yo con Enrique me caso.

ESCENA II.

DICHAS: BENITO, por la izquierda del foro.

BENITO. ¡Ay, ay! (Dentro.)

CONST. ¿Qué voces...?

FLORA. (Levántase y mira por la ventana de la izquierda de la puerta del foro.)
Señora,
el que se viene quejando
es Benito.

BENITO. (Acercándose á la ventana por el lado de afuera.)
¡Ay!

FLORA. ¿Qué te pasa?

BENITO. El paso más endiablado
que sucederme pudiera....

FLORA. Entra.

BENITO. (Entrando por la puerta del foro.)
No sé cómo ando.
Vén tú, Flora, y reconoce
mi cuerpo, que hecho pedazos
debe de estar....

FLORA. (Reconociéndolo.) Está entero.

BENITO. Mira, Flora, que un venablo
me dió en parte que no nombro,
y grande habrá sido el daño.
Míralo bien.

FLORA. Nada tienes.

CONST. ¿Herido estás?
FLORA. ¡Que ha de estarlo!
BENITO. ¡Yo que á curarme venía!
Por el bienaventurado
San Benito de Palermo,
mi patron, que esto es milagro.
FLORA. ¿Dónde fué el golpe?
BENITO. En la espalda.
Como á mirarla no alcanzo,
y sentí un dolor agudo,
pensé que estaba espirando.
FLORA. ¡Cobarde! (En tono de mofa.)
CONST. Siéntate, y dí
cómo ha sucedido el caso.
BENITO. Allá voy.
FLORA. Cuéntalo al punto.
BENITO. Será así.... ¿Con que estoy sano? (Palpándose.)
Al saberlo, hasta el dolor
del golpe se me ha quitado.
(Flora y Benito toman taburetes y se sientan al lado de Constanza.)
CONST. Habla, pues.
BENITO. Esta mañana,
cuando estaba alborëando,
Enrique salió á cazar,
y yo, como fiel criado,
que dedicó á su servicio
vuestro padre, muy ufano
salí con él.
CONST. (Con interés.) Sigue.
FLORA. Sigue.
BENITO. Como es costumbre en mi amo,
iba triste, embebecido
—mejor dijera embobado—
y mudo como una estátua,
con la vista, así, en lo alto
clavada, y no sé qué cosas
entre dientes murmurando.
CONST. (En sus locas ambiciones

pensaria....) (Con tristeza.)

BENITO. Divisamos,
desde aquel cerro, una régia
comitiva, que, en el llano,
á la márgen del arroyo
y á la sombra de unos álamos
descansaba. Los reflejos
del sol, en las armas dando
y en las galas y vestidos
brillantes de tan gallardos
caballeros, me cegaban....
¡Cuántos estandartes, cuántos
nobles, pajes y escuderos
ví desde allí!... Como un sándio,
con tanta bocaza abierta,
me los estuve mirando.

FLORA. ¿Tú tambien quisieras ser
caballero?

BENITO. ¡Con qué garbo
esos vestidos hermosos
yo arrastraria en palacio!

CONST. ¡Calla!

FLORA. ¡Necio!

BENITO. Yo pondria
en mi birrete un penacho
con un manojo de plumas
reales.

FLORA. ¿Reales?

BENITO. Sí, de pavo.

CONST. ¿Y Enrique...?

BENITO. Atrás se quedó,
viendo, con unos ojazos
así, aquella comitiva,
y luégo siguió mis pasos,
volviendo hácia la llanura
el rostro, de cuando en cuando.
Iba yo delante de él,
y junto á mí saltó un gamo:
tiróle Enrique, erró el tiro,

dió en una roca el venablo,
y, como yo estaba cerca,
á mí me dió de rechazo.

CONST. ¿Y cómo no estás herido?

BENITO. En eso mismo pensando,
imagino que estaria
el venablo despuntado,
porque como dió primero
en la roca....

FLORA. Eso está claro.
¡Gallina!

BENITO. No pongo, Flora.

FLORA. Más valor en tí reclamo:
mi marido no ha de ser
un hombre tan apocado.

BENITO. Mira que yo soy....

FLORA. Benito.

BENITO. Pero de Palermo.... ¿estamos?

CONST. ¡Haya paz!

FLORA. Señora, escucho
el galope de un caballo.

(Levántase y se asoma á la ventana de la derecha: Benito la sigue y tambien mira.)

CONST. ¿Quién podrá ser?

BENITO. Yá el ginete
se puso en tierra de un salto.

FLORA. Las riendas da al escudero....

BENITO. Viene hácia aquí....

(Se ve á Federico pasar por delante de la ventana.)

FLORA. (Volviendo al lado de Constanza.)
Es el hidalgo....

ESCENA III.

DICHOS: FEDERICO, en la puerta.

FEDER. Señora, si dais la vénia,
que á vuestras plantas demando,
las nuevas podré deciros

que de vuestro padre traigo.
CONST. Sed bien venido.
FEDER. (¡Oh, qué hermosa!)
CONST. (Á Federico, que se adelanta al proscenio.)
Yá os escucho.—Retiráos.
(Benito y Flora se van por la puerta segunda de la izquierda.)

ESCENA IV.

CONSTANZA, FEDERICO.

FEDER. Vuestro padre me encargó
de avisaros su llegada,
y tan feliz embajada
traigo, venturoso, yo.
CONST. ¿No sabeis si ha de tardar?
FEDER. Con la nobleza el palacio
dejó, y en muy breve espacio
á la quinta ha de llegar.
No puede venir aprisa
por su ancianidad, y, así,
valiéndose ahora de mí,
su próxima vuelta avisa.
CONST. Doy gracias al mensajero.
FEDER. Si por otro cumplió fiel,
permitid que, ahora, por él,
os pueda hablar....
CONST. (Levantándose.) Caballero....
FEDER. Vagando entre la espesura
de esa arboleda sombría,
la dicha gocé yo un dia
de mirar una hermosura.
Á encarecer no me obligo (Con entusiasmo.)
la estrella que seguí en pos,
pues con decir que érais vos
el mayor portento digo.
CONST. Á lisonjas cortesanas,
que no he sabido aprender,
muy mal pueden responder

mis razones aldeanas.

FEDER. No por lisonjas, señora,
tomeis en este momento
el oculto sentimiento
que me abrasa y me devora.
No sé qué pasó por mí
al veros; perdí la calma,
y afectos sentí en el alma
que ántes yo nunca sentí.

CONST. ¡Callad, señor! (Con dignidad.)

FEDER. Suspended
el enojo, y rigorosa (Suplicante.)
conmigo no esteis: piadosa
escuchadme, por merced.
Y no temais que indiscreto
haga á vuestro honor agravios....
¡Mudos se queden mis labios
si os faltaren al respeto!

CONST. Digno es de vuestra hidalguía
ese generoso alarde;
mas, sin que nadie la guarde,
sé yo guardar la honra mia.

FEDER. (¡Qué hermosa, qué noble y fiera!)
Quien érais pronto inquirí:
de cuantos viven aquí
supe yo la historia entera.
Alcanzo glorioso nombre,
y en la córte de Sicilia
goza mi ilustre familia
de altos timbres y renombre....

CONST. Mas....

FEDER. Federico me llamo,
Chiaramonti es mi blason,
y vengo en esta ocasion
para deciros.... que os amo.

CONST. ¡Callad, callad!

FEDER. Nó, Constanza:
aspiro al nombre de esposo
y vuestro padre es gustoso

en formar esta alianza.
Mi dicha, mi bien sois vos....
(Se oye el sonido de una trompa de caza.)

CONST. ¡Silencio!... ¿No habeis oido...? (Con espanto.)

FEDER. Sí, de una trompa el sonido....
Algun cazador....

CONST. (Con angustia.) (¡Gran Dios!
¡Enrique llega!)

FEDER. Á los piés
de la hermosura que adoro,
rendido, su amor imploro....
(Aparece Enrique, que se detiene bajo el emparrado y escucha.)

ENRIQUE (¿Qué ven mis ojos?)

CONST. (Viendo á Enrique.) (¡Él es!)

FEDER. Que sois, vuestro padre fía,
dócil á su autoridad:
cumplid vos su voluntad
y seréis esposa mia.

ESCENA V.

DICHOS: ENRIQUE, con traje de caza.

ENRIQUE (Lanzándose violentamente entre los dos.)
¡Nunca!

CONST. ¡Enrique!

ENRIQUE ¡Nunca, nó!
No imagineis alcanzarlo.

FEDER. Pues.... ¿cómo...?

ENRIQUE Para evitarlo,
á tiempo he llegado yo.

FEDER. ¡Me haceis reir!

ENRIQUE Lo prometo.

FEDER. ¿Lo impediréis...?

ENRIQUE Con la espada.

FEDER. ¡Qué soberbia!

ENRIQUE Á esa explanada

salgamos....

FEDER. (Con desden.) No admito el reto.

CONST. ¡Cálmate! (Á Enrique.)

FEDER. ¡Inútil furor!
Yo sé quién sois....

ENRIQUE ¿Qué decís?
¿Por qué el reto no admitís?
¿Acaso tendréis temor?

FEDER. Vuestros esfuerzos son vanos; (Con desprecio.)
honra tanta no he de haceros;
no pueden los caballeros
retarse con los villanos.

ENRIQUE ¡Ah! (Abatido.)

CONST. ¿Qué habeis dicho? (Con dolor, á Federico.)

FEDER. (Á Enrique.) Yo sé
vuestra condicion oscura:
cuando llegueis á mi altura (Irónico.)
retadme, y os mataré.
Ahora vuestro orgullo nécio
no castigo de otra suerte,
que no merece la muerte
lo que merece el desprecio.

ENRIQUE ¡Señor, me habeis afrentado
y herido en el corazon!

CONST. ¡Enrique! (Procurando apaciguarle.)

ENRIQUE (Á Federico.) ¡Teneis razon!
No podeis—bien lo he pensado—
vuestra nobleza medir
con mi humilde villanía....
Pero.... ¡ay de vos, si algun dia
hasta vos logro subir! (Amenazante.)

FEDER. (Despidiéndose de Constanza, despues de haber contestado á Enrique con ademanes despreciativos.)
Parto, señora.... Que Dios
os guarde.

CONST. Y á vos tambien.

(Váse por el foro Federico, que se detiene en la ventana de la derecha, al oir la voz de Enrique; éste le ha seguido, colocándose bajo el emparrado.)

ENRIQUE ¡Hidalgo, recordad bien
que he de subir hasta vos!
(Desaparece Federico, y Enrique vuelve al proscenio cuando le llama Constanza.)

ESCENA VI.

CONSTANZA, ENRIQUE.

CONST. ¡Enrique!...
ENRIQUE ¡Déjame!... El roble
ante el huracan violento
se dobla.... Ha rugido el viento....
¡Ay, tú tambien eres noble!
CONST. ¿Qué es lo que piensas? (Con dolor.)
ENRIQUE Constanza,
pienso, aunque el alma lo sienta,
en mi dolor, en mi afrenta,
y tambien en mi venganza.
Aunque ese hidalgo en mi pecho
su espada, hasta el pomo, hundiera,
tanto daño no me hiciera
cual sus palabras me han hecho.
Quiere de tu amor, que es mio,
lograr la triunfante palma.
CONST. ¡Oh, no temas, que es mi alma
tuya, y tuyo mi albedrío!
ENRIQUE Tengo celos.
CONST. ¿Celos?
ENRIQUE Sí:
de ese hidalgo.—¡Ve si es honda
mi pena!—La quinta ronda,
y muchas veces le ví.
¡Ah, tú ignoras mis afanes
y mis contínuos enojos!
—Cuando contemplan mis ojos
esos bizarros galanes,
esos nobles caballeros

como príncipes erguidos,
humildemente seguidos
de sus pajes y escuderos;
cubiertos de galas sumas,
deslumbrando las miradas
el brillo de sus espadas,
de sus diamantes y plumas;
ante sus vivos destellos
los ojos cierro, maldigo
mi vil condicion, y digo:
¿por qué no soy como ellos?

CONST. ¿Qué importa? El dia en que yo
tu amante ruego escuché,
si me amabas pregunté....
pero si eras noble, nó!

ENRIQUE No culpes, Constanza, así,
esta ambicion insensata,
pues la ambicion que me mata
la tengo sólo por tí.

CONST. ¿Por mí?

ENRIQUE Por tí. ¿Quién soy yo?
Hijo de un pobre villano:
huérfano quedé, y humano
tu buen padre me amparó.
Afecto le he merecido,
pero entiende tú mi afan....
¡Yo soy un ave á quien dan
prestado el amor y el nido!
No has de ser esposa mia....
—¡Con tal pensamiento lucho!—
Tu nobleza dista mucho
de mi oscura villanía.

CONST. ¡Ay, sí! Entre tinieblas mora
tu amor, aunque el alma queme,
y es triste un amor que teme
la claridad de la aurora.

ENRIQUE Es necesaria mi ausencia (Con esfuerzo.)
para ganar honra y prez,
pues no quiero que otra vez

me humillen en tu presencia.

CONST. No soy yo quien te rechaza:
tú, ansiando más horizonte,
siempre andas solo en el monte
y divertido en la caza.
¡Y nunca tu ardor se abate! (Con pena.)
¡Quizás, cuando el aire rompa,
tomes el són de la trompa
por el clarin del combate!

ENRIQUE (Despues de vacilar algunos instantes: con energía y rudeza.)
¿Á qué he de negarlo yá?
Aunque el dejarte me aterra,
quiero partir á la guerra....
Rudas batallas habrá....
En ellas, con valentía,
desesperado entraré;
tanta sangre verteré
en los campos, cada dia,
que el rey me tendrá que dar
la nobleza ambicionada,
¿y nobleza así ganada
quién la podrá disputar?

CONST. ¡Nos dejas! ¿No te ha criado,
con amoroso desvelo,
mi padre? (Con dulce reconvencion.)

ENRIQUE (Con arrebato.) ¡Pluguiera al cielo
que nunca me hubiese amado,
ni en su casa recogido,
ni alentado mi altanera
condicion; que, entónces, fuera
más feliz de lo que he sido!
Entónces, yo viviria
sin ambicion, sin tormento,
con mi pobreza contento;
nadie me despreciaria,
ni diera en mi pecho abrigo
de tu amor á la esperanza....
¡Nó, perdóname, Constanza, (Transicion.)
que no sé lo que me digo!

CONST. (¡Infeliz!) Tu ingratitud (Dulcemente.)
me lastima.

ENRIQUE ¿Qué arrebato
fué el mio?... ¡He sido un ingrato!
¿Qué se hizo de mi virtud? (Avergonzado.)
¡Te ofendí!

CONST. ¡Enrique!

ENRIQUE ¿Yo fuí
quien causó la ofensa tuya...?
¡Deja que tu vista huya,
pues me avergüenzo de mí!

(Éntrase por la puerta segunda de la derecha: Constanza le sigue con los ojos, manifestando la pena que le causa su estado.)

ESCENA VII.

CONSTANZA.

CONST. ¡Cuál padece el desdichado!
Fiero y terrible es su mal,
pues lleva el dardo mortal
en el corazon clavado.
Ese dardo agudo y frio
siento en mi pecho tambien....

MANFR. (Dentro, por el lado de la derecha.)
Tened el caballo.

CONST. (Volviéndose hácia el foro.) ¿Quién...?

MANFR. (Apareciendo en la puerta del foro.)
¡Constanza!

CONST. (Yendo al foro, reconociéndole, abrazándole y viniendo luégo con él al proscenio.)
¡Vos! ¡Padre mio!

ESCENA VIII.

CONSTANZA, MANFREDO.

CONST. ¡Volveis al fin!... ¡Feliz dia!
Dadme á besar vuestra mano.

MANFR. Recibe del padre anciano
la bendicion, hija mia.
CONST. Sentáos aquí: reposad.
Yo á vuestros piés, padre mio.
(Hace que Manfredo ocupe un sillon, y ella se sienta á su lado en un taburete.)
MANFR. Á tu acento el hielo frio
se disipa de mi edad,
cual la nieve, en la campiña,
del sol al vivo reflejo:
siempre soy para tí viejo,
tú para mí siempre niña.
Por complacerme te afanas,
y vamos así viviendo,
tú más encantos reuniendo
y yo reuniendo más canas.
CONST. ¿Qué hay en la córte, que en ella
seis dias habeis pasado?
MANFR. Graves negocios de Estado
me hicieron ir. Atropella
por todo la muerte: dá
con su espada al harapiento
como al rey: en tal momento
no hay rey en Sicilia yá.
CONST. Padre.... ¿ha muerto? (Con sorpresa.)
MANFR. Ha muerto, sí.
Se agravó su mal, é inquieto
me llamó, porque un secreto
muy grave pende de mí.
CONST. ¿Y ese secreto...? (Con interés.)
MANFR. Yá es hora,
y se ha roto ese profundo
misterio: lo sabe el mundo
yá: tú lo sabrás ahora.
CONST. Decid.
(Momento de pausa, durante el cual Manfredo parece coordinar sus ideas.)
MANFR. Contra el soberano
—el gran Fadrique tercero,

que yá ha muerto—altivo y fiero
se alzó Guillermo, su hermano.
Combatió el rey con bravura,
la rebelion fué vencida,
y del rebelde la vida
se extinguió en cárcel oscura.
Dos hijos dejó el cuitado:
por asegurar su suerte
el rey pensó darles muerte....
¡No quiso Dios tal pecado
permitir!... El rey, piadoso
luégo, vivir les dejó,
y cada niño fió
á un noble, con rigoroso
encargo de que jamás
su alta nobleza supieran,
y de que siempre vivieran
en la ignorancia....

CONST. ¿Y qué más?

MANFR. De un niño no sé qué ha sido,
ni á quién fuera confiado:
de un noble bajo el cuidado
yo sé que el otro ha vivido.
Veinte años há que pasó,
si no es flaca mi memoria,
esta desdichada historia,
y hombre el niño se tornó.
Bajo su rústico traje (Con orgullo.)
se agita y se desconsuela,
y el corazon le revela
su estirpe y claro linaje.
Que no es fácil sofocar,
en una aparente calma,
el fiero temple de un álma
nacida para reinar.

CONST: ¡Cómo!

MANFR. (Exaltándose por grados á impulso de la alegría que debe manifestar.)
El rey, que en este dia

en el sepulcro yá queda,
ordenó que le suceda
en su extensa monarquía
uno de ellos, el mayor,
el que á mi lado ha vivido,
y contigo ha compartido
mis caricias y mi amor.
(Levántanse ámbos, con viva agitacion.)

CONST. ¿Qué decís? ¡Enrique...! (Con admiracion.)

MANFR. (Con júbilo.) ¡Sí!

CONST. ¡Me parece un sueño vano!
Pues.... ¿no es hijo de un villano?

MANFR. Esa historia yo fingí
para ocultar....

CONST. ¡Es Enrique!

MANFR. Él es: te lo dije yá.

CONST. ¡Nuestro monarca será!

MANFR. ¿Qué más quieres que te explique?
Viendo su postrer momento
cercano, por el rey fuí
llamado: llegué.... ante mí
extendió su testamento.
Para aliviar su conciencia
y daños de su familia,
el imperio de Sicilia
á Enrique deja en herencia.
Mas.... ¿dónde está?... que deseo
descubrirle de seguida
el misterio de su vida,
y abrazarle.... No le veo.

CONST. Como una viva ansiedad (Con amargura.)
oprime su alma, y le ofusca,
bien sabeis que siempre busca
refugio en la soledad.

MANFR. (Ocurriéndole la idea que expresa.)
Mejor será que tú, luégo,
con fraternal confianza,
le expliques esta mudanza
de su estado.... Te lo ruego.

CONST. ¿Yo he de ser, padre? (Con asombro.)
MANFR. Hija mia,
me tiene el gozo turbado....
Seguro estoy.... De alterado
explicarme no sabria.
Tú lo harás: esto ha de ser, (Persuasivo.)
que son las dichas más puras
cuando dicen las venturas
los labios de la mujer.
CONST. Bien, padre.
MANFR. Á la córte fuí,
hija, en dichoso momento:
si á Enrique traigo un contento,
otro guardo para tí.
CONST. ¡Para mí!
MANFR. No has de turbarte....
¡Si sólo en tu bien me empleo!
Hoy se me cumple un deseo,
Constanza: vas á casarte.
CONST. ¡Casarme! (Con espanto.)
MANFR. Sí: ese cuidado
paz y reposo me quita:
un magnate solicita
tu mano, y yá se la he dado.
CONST. ¡Nó, padre mio!
MANFR. (Con rigidez.) Á doncellas
de timbres esclarecidos
el padre les da maridos,
que no los eligen ellas.
Dichosa te hará el esposo
que mis cuidados te dan.
CONST. ¡Si yo no puedo...!
MANFR. Es galan,
bien nacido y poderoso.
Yá le has visto: el mensajero
que mi regreso avisó....
CONST. ¡Imposible, padre! Yo....
MANFR. Que me obedezcas espero. (Con autoridad.)

ESCENA IX.

DICHOS: ROBERTO, por el foro, derecha.

ROBERT. Manfredo.... Señora.... (Saludando.)
MANFR. El conde
de Chiaramonti....
ROBERT. Me fuerza
vuestra tardanza á buscaros,
Manfredo.... ¿Constanza bella
es la que miran mis ojos?
MANFR. Sí.
ROBERT. Pues llegué en hora buena,
que el sol, en todo su brillo,
ante mis ojos se muestra.
CONST. Señor, á tales lisonjas (Con timidez.)
no da mi labio respuesta:
las agradece el silencio.
MANFR. La turba vuestra presencia.
Criada en la soledad
de esta quinta, que aunque cerca
está de Palermo, oculta
se halla entre montes y breñas,
vive ignorante del mundo:
no se aprenden en las selvas
cortesanas bizarrías
y lisonjas palaciegas.
ROBERT. Más el rubor la embellece.
Padre soy del que desea (Á Constanza.)
ser vuestro esposo, y así
miradme yá cual si fuera
tambien vuestro padre.
CONST. (Tiemblo.)
Señor, si me dais licencia (Á Manfredo.)
para retirarme....
MANFR. Dóila,
si permitís que así sea. (Á Roberto.)

(Hace Roberto señal de asentimiento, y un saludo á Constanza, quien se lo devuelve y se va por la puerta primera de la derecha.)

ESCENA X.

MANFREDO, ROBERTO.

ROBERT. Previsor os separásteis,
Manfredo, de la nobleza,
que en tanto quedó acampada
en la cercana arboleda,
para dar al nuevo rey
de su elevacion la nueva.
MANFR. Como ignoraba su orígen,
temí yo que la sorpresa
de novedad tan extraña
estrago en su mente hiciera,
y para darle ese anuncio
me adelanté....
ROBERT. Se impacientan
yá todos, que, por momentos,
al nuevo rey ver esperan,
y á decíroslo he venido....
Pronto la noticia sepa
el príncipe....
MANFR. Yá Constanza
va á decirle....
ROBERT. Él en completa
ignorancia ántes vivia,
y hoy sube á la cumbre excelsa
del trono, miéntras su hermano
oculto, ignorado queda.
MANFR. Dèl otro hijo de Guillermo
nadie sabe lo que fuera.
ROBERT. Mas vive, segun se dice.
MANFR. Nada importa. El rey ordena
que el mayor de los hermanos
—que es Enrique—al trono ascienda.
ROBERT. No ignorais que el testamento,
para que logre esa herencia,
una condicion le impone.

MANFR. Lo sé....
ROBERT. Y que si no la acepta,
ó no pudiere cumplirla,
del reino le deshereda
y nombra al segundo hermano.
MANFR. Sí; pero tambien expresa
que, en tanto que la renuncia
del primero no sea cierta,
nada se diga al segundo,
para evitar las contiendas
civiles que nacerian
de ambiciones contrapuestas.
ROBERT. Pero aún no habeis disipado
una duda.
MANFR. ¿Cuál es esa?
ROBERT. ¿Cumplirá el príncipe Enrique
la condicion que está impuesta
por el rey á su heredero?
MANFR. La cumplirá, que cumpliéndola
es suyo el reino.... ¿Pensais (Con seguridad.)
que á renunciar se resuelva
el trono, por no cumplirla?
ROBERT. Teneis razon: es quimera (Con tristeza.)
pensarlo.
MANFR. Fácil y llana
es la condicion, no adversa:
seguro estoy de que Enrique
será gustoso con ella,
pues que redunda en su honor,
y la voluntad postrera
se cumplirá del monarca.
ROBERT. Yá mi duda está resuelta
en ese punto, Manfredo.
Ahora pediros quisiera
un favor....
MANFR. ¿Cuál?
ROBERT. Federico,
mi hijo, como os dije, anhela
ser esposo de Constanza.

MANFR. Ese enlace me contenta,
que el mancebo es muy bizarro
y á más vuestro nombre lleva.
Así os lo dije en Palermo
y os lo repito.

ROBERT. Él desea
que la boda se apresure,
mas dilatarla interesa:
hasta que el príncipe Enrique
coronado no se vea,
cumpliendo la condicion
que sabeis, agradeciera
que no se llevase á efecto
la boda.

MANFR. Roberto, sea
como decís. ¿Qué razones...?

ROBERT. Perdonad, que son secretas,
y á poder decirlas yo
bien sabeis que os las dijera.

MANFR. Se hará en todo vuestro gusto.

ROBERT. Gracias, Manfredo.

MANFR. ¿Quién llega?

ESCENA XI.

DICHOS: FEDERICO, por el foro, derecha.

ROBERT. Federico....

FEDER. Padre mio,
impaciente la nobleza,
por aclamar á su rey,
el grato reposo deja
y yá á venir se dispone
hácia la quinta.

MANFR. Con ella
tambien debemos nosotros
al rey presentarnos.

ROBERT. Vea
que somos de los primeros

que homenaje y obediencia
le prestamos.

MANFR. Federico,
sabed yá que será vuestra
Constanza, pues mi palabra
dí á vuestro padre.

FEDER. ¡Qué nueva
tan dulce me dais! Yo os juro
consagrarle mi existencia.

ROBERT. (Que ha llegado á la puerta del foro y ha mirado hácia afuera.)
Vamos á unirnos, Manfredo,
á los nobles que se acercan.

MANFR. (Acercándose á la primera puerta de la derecha, y llamando.)
Constanza....

ESCENA XII.

DICHOS: CONSTANZA.

CONST. Señor.... (¡Aquí
Federico!)

MANFR. En la arboleda
próxima los nobles todos
aguardan.... (Yá, sin reserva,
habrás dicho á Enrique....

CONST. Áun no
tuve ocasion ...

MANFR. Que lo sepa
de seguida....

CONST. Lo sabrá.)

ROBERT. El cielo, Constanza bella,
os guarde.
(Roberto y Manfredo se dirigen al foro.)

FEDER. (Á Constanza.) Vuestras miradas
me llevo en el alma impresas,
porque me alumbren y guien
en la noche de mi ausencia.

(Saluda, se incorpora á Roberto y Manfredo, que se han detenido en el foro, figurando que hablan, y vánse los tres por la derecha del foro.—Constanza queda meditabunda.)

ESCENA XIII.

CONSTANZA.

¡Que Enrique es el rey!¡ Que yo,
por fuerza, he de dar mi mano
á ese noble siciliano
cuando á Enrique adoro! ¡Nó!
¡Nó, padre, tu empeño es vano!
Que si esta pasion ha sido
la primera que sentí,
única que yo he sentido,
¿quién será tan atrevido
que yá la arranque de aquí?
Esta pasion no será
como esas flores que hallo
hoy aquí, mañana allá,
que esta flor siempre estará
erguida sobre su tallo.
No importa que, entre congojas,
el viento su vida abrume....
¡Flor, que perfumes arrojas,
podrán quitarte las hojas,
mas no el color ni el perfume!
(Momento de páusa, durante el cual parece meditar.)
Que yo así me sacrifique
no ordena ninguna ley;
no hay deber que àsí lo indique....
(Manifestando una duda, que debe ir en aumento.)
Mas.... ¡ay!... ¿Seré para el rey
lo que he sido para Enrique?
¿Será ilusoria esperanza
de esta ciega inclinacion
mi amorosa confianza?
¿Mudará su corazon
de su estado la mudanza?
Avecillas, sin recelo,
que en la florida espesura

juntas alzaban el vuelo,
¿cuando una sube á la altura
quedará la otra en el suelo? (Momento de pausa.)
Nadie, nadie padeció
una angustia tan crüel....

(Cambiando el órden de sus ideas, con vacilacion, y figurando buscar un medio en su imaginacion.)

¿Y cómo le diré yo
que su anhelar se cumplió...?
¿Cómo decírselo?... ¡Él!

(Medita, y, entretanto, Enrique, ensimismado, abstraido en sus pensamientos, ajeno á lo que le rodea, sale por la puerta segunda de la derecha, sin ver á Constanza, que al divisarle se retira al foro.)

ESCENA XIV.

DICHA: ENRIQUE.

ENRIQUE ¡Soñar, y soñar así!
No se debiera soñar
lo imposible de lograr.
Estoy soñando—¡ay de mí!—
y no puedo despertar.
CONST. (¡Siempre lo mismo!)
ENRIQUE Yo invoco
de mi razon la firmeza
contra este afan necio y loco....
¡Llevo un mundo en mi cabeza,
y todo para mí es poco!
¡Nunca me deja este anhelo!
Es como antorcha encendida,
que, áun arrojada en el suelo,
se endereza de seguida
la llama y sube hácia el cielo.
¿Cómo alentar la esperanza,
cómo nutrir la ilusion

de un bien que nunca se alcanza?
¡Ambicioso corazon,
cálmate!

CONST. ¡Enrique! (Acercándose á él.)

ENRIQUE ¡Constanza!
Sol, que alumbras de mi vida
la profunda oscuridad,
prenda del alma querida,
dueño de mi voluntad,
á quien la tengo rendida;
perdóname los antojos,
las tristezas con que vivo,
y no te causen enojos,
que la luz que yo recibo
la recibo de tus ojos.

CONST. Te roban las alegrías
tus ambiciosas pasiones
y eternas melancolías.

ENRIQUE Bien dices: son ambiciones,
Constanza, las penas mias.
Contra mi suerte irritado,
deja que al cielo demande,
por qué, por mi mal, me ha dado
el pensamiento tan grande
y tan pequeño el estado.
¡Cómo esta idea me acosa!
Hoy mismo.... Escucha.—Perdido
me hallaba en la selva umbrosa,
y un águila poderosa
salió de su oculto nido.
Ví que el vuelo levantaba,
el aire la miré hendir
como una flecha; volaba,
subia.... ¡No se cansaba
de volar, ni de subir!
Allá en la region del viento,
al contemplarla altanera,
sentí un agudo tormento....
¡Ay, me pareció que era

águila mi pensamiento!
Y de este modo decia,
miéntras el ave subia:
¡Águila, que el viento escalas,
yo, como tú, volaria....
pero me faltan las alas!

CONST. ¿Quién sabe, Enrique? ¿No son,
á veces, presentimientos
las voces del corazon?

ENRIQUE ¿Te burlas de mis tormentos,
Constanza...? ¡Tienes razon!

CONST. Nó, Enrique, nó.... Alucinado
mi espíritu—al abandono
del sueño el cuerpo entregado—
para tí ha soñado un trono....

ENRIQUE ¡Yo para tí lo he soñado!

CONST. Ver de tus hombros pendiente
soñé el manto soberano
con su brillo refulgente,
el áureo cetro en tu mano
y la corona en tu frente.

(Admirado Enrique, sigue con afan creciente, que deberá demostrar por medio de gestos y actitudes, la relacion de Constanza, hasta persuadirse de que cuanto ella le dice es cierto, aunque la persuasion debe ser vaga, dudosa, no del todo segura.)

Soñé que un rey combatió
contra un hermano atrevido
que el trono le disputó,
y que el rebelde, vencido,
entre prisiones murió.
Soñé que dos desdichados
hijos dejaba en la cuna,
y que fueron separados
y en la ignorancia criados
de su alteza y su fortuna.
Que aquel monarca severo,
próximo á verse ante Dios,
fué piadoso y justiciero,
y á un príncipe de los dos

nombró del trono heredero.
Soñé que el pueblo adoraba
por su gentileza y brio
al nuevo rey que aclamaba....
¡y que ese rey que soñaba
eras tú, tú, Enrique mio!

ENRIQUE (Fascinado, con entusiasmo y alegría.)
¿Y junto al rey coronado
tú estabas, Constanza?

CONST. (Con sencillez.) Nó....
Eso, Enrique, no he soñado....

ENRIQUE (Volviendo á la realidad de su situacion.)
¡No era, entónces, el rey yo,
pues no estabas á mi lado!

(Páusa: Constanza observa el efecto que sus palabras producen en Enrique, y éste parece vacilar entre creerlas ó nó.)

CONST. (¡Si á decirle me atreviera
toda la verdad!)

ENRIQUE Extraña
agitacion se apodera
de mí al escucharte.... ¡Engaña
de tal modo una quimera!
Escuchándote, creí,
á veces, que yo en persona
al regio trono subí
y que estaba la corona
resplandeciendo yá aquí.
Mi ardiente fascinacion
por reina te miró alzar
dos veces.... —¡loca ilusion!—
¡Te ví en Sicilia reinar,
y en mi propio corazon!

CONST. ¡Oh, si siempre fuera así!
Deja que mi afan te explique....
¿Qué será el rey para mí?

ENRIQUE Nunca será para tí
el rey: será siempre Enrique.
(Volviendo al sentimiento de la realidad.)
Mas.... ¿qué digo? ¿Por ventura,

un sueño tanto avasalla
la mente?... ¡Cómo batalla
con mi razon mi locura!

CONST. ¿Y si es cierto...?

ENRIQUE ¡Calla, calla!
Ese porvenir risueño, (Con amargura.)
que finges, me ha deslumbrado....
No sigas con ese empeño....
¡Constanza, tú lo has soñado,
y un sueño no es más que un sueño!

CONST. ¡Nó, Enrique, nó! Yo miraba
que la nobleza prestaba
fiel homenaje á tu ley,
que entusiasmado gritaba
todo un pueblo: ¡Viva el rey!

VOCES. ¡Viva el rey! (Dentro; pero muy cerca.)

CONST. ¿Oyes? Trasmite
el propio grito, veloz
el viento....

ENRIQUE (Sintiendo una gran emocion desde que han sonado las voces dentro.)
¡Que así me agite!
(No queriendo dar crédito á lo que oye.)
¡Será.... el eco, que repite
los acentos de tu voz!

ESCENA XV.

DICHOS: MANFREDO, ROBERTO, FEDERICO. Nobles, soldados y pueblo.—Algunos de los primeros y segundos traen estandartes y banderas.—Entran por la derecha del foro: tambien se les ve bajar por las selvas y montes practicables.

Déjase á la discrecion del director de escena
la colocacion del cuadro.

TODOS. ¡Viva el rey!

CONST. ¿Oyes?

ENRIQUE (Con asombro.) ¿Qué miro?

ROBERT. ¿Dónde está el rey?
MANFR. (Presentando á Enrique á los demás.)
¡Vedle aquí!
ENRIQUE ¿Yo soy?...
FEDER. (Reconociéndole.) (¡Es éste!)
MANFR. Tú.
CONST. Sí.
ENRIQUE ¿Es realidad, ó deliro?
CONST. El sueño que me escuchabas
era tu historia....
ENRIQUE (Comprendiéndolo todo.) ¡Mi historia!
¡Así en la dicha y la gloria,
con razon, alma, soñabas!
ROBERT. Murió Fadrique tercero:
su testamento os abona,
y de su excelsa corona
sois legítimo heredero.
Aquí el testamento ved: (Muestra un pergamino.)
la cláusula principal
del testamento rëal
es justo que os lea.
ENRIQUE Lëed.
ROBERT. Escuchad.
(Movimiento de atencion en todos: Roberto lee.)
«Yo el rey Fadrique,
libre yá el alma de encono,
de Sicilia el regio trono
dejo á mi sobrino Enrique.
Mas como en esta nacion
no puede reinar mujer,
y tengo una hija, ha de ser
cumpliendo esta condicion:
que es suyo el trono si diere
de esposo á mi hija la mano;
y si nó, reine su hermano
si la condicion cumpliere.»
CONST. (¡Oh!)
ENRIQUE (Con espanto, al oir la condicion.)
¡Callad!... ¡Qué horrible ley!

ROBERT. ¡Pronto! ¡Á Palermo!

(Todos rodean á Enrique, llevándole triunfalmente hácia el foro: Constanza y Manfredo forman grupo aparte: Enrique mira hácia el sitio donde se halla Constanza, como queriendo separarse de los que le rodean.)

CONST. (¡Ay de mí!)

MANFR. (Sosteniéndola, porque la ve próxima á desfallecer, comprendiéndolo todo, y muy bajo.)

(¿Le amabas?

CONST. ¡Le amaba, sí!)

ENRIQUE (¡Ay, Constanza!)

TODOS. ¡Viva el rey!

(Todos se van por el foro, llevando á Enrique y aclamándole: Manfredo sostiene á Constanza: cae el telon lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon régio en el palacio de Palermo, de estilo ojival (normando), ó sea gótico del segundo período.—Componen el salon tres naves de arcos ojivales, cuyo rompimiento llega hasta el foro, que figurará ser el muro, al cual estarán adosadas las columnas en que descansan los últimos arcos.—Dos puertas laterales á la derecha, y otras dos á la izquierda, á la propia altura que los arcos.—Hácia la derecha sillon blasonado, y mesa con tapete de terciopelo, tambien blasonado, con las armas reales de Sicilia.—Sobre los muros del salon habrá escudos reales y retratos de reyes.—Por la izquierda y la derecha del foro debe parecer que el salon comunica con otras habitaciones del palacio.—Al alzarse el telon aparece Benito ricamente vestido, pero de un modo ridículo.

ESCENA PRIMERA.

BENITO.

¡Al fin, en palacio estoy!
¡Qué hermoso y rico es mi traje!
Ahora necesito un paje,
pues yá caballero soy.
Yo los cortesanos modos
muy en breve aprenderé,
y de seguro daré
envidia á los nobles todos.
Libre de las ropas malas,
me gozo en mi cuerpo yo,
pues parece que nació
para llevar estas galas.

¡Quién habia de decir
que un hombre tan principal
era Enrique!—¡Voto á tal...!
¡Si pudiera presumir
alcanzar yo tanto bien,
quisiera no tener padre,
ni ser hijo de mi madre,
y ser príncipe tambien!
Mas debo cumplir ahora
el encargo que mi dueño
me confia: en fuerte empeño
me pone....

ESCENA II.

DICHO: FLORA, ricamente ataviada, por la primera puerta de la izquierda.

FLORA. ¡Benito!
BENITO. ¡Flora!
FLORA. ¡Galan estás, con exceso! (Admirándole.)
BENITO. En mis alabanzas cesa.
Pareces tú una duquesa.
FLORA. Tú pareces un *duqueso*.
BENITO. Los dos en palacio estamos....
FLORA. Nuestros dueños á él vinieron
y consigo nos trajeron....
BENITO. Dos dias há que gozamos
tal dicha.—Obtengo el favor (Con importancia.)
de Enrique....
FLORA. Yo el de Constanza.
BENITO. Flora, mi mente no alcanza
por qué olvida ella el amor
de Enrique....
FLORA. ¡Pobre señora!
No encuentra á sus males dique:
aunque ves que huye de Enrique,
yo sé que á solas lo llora.
Tal vez ese matrimonio

con la hija del rey difunto,
la aflige....

BENITO. El casarse es punto
que aflige al mismo demonio.
—Cuentan que un dia trataba
Dios, movido á compasion,
de dar su eterno perdon
al Diablo, si se casaba.
Y el Diablo dijo bravío:
renuncio al perdon eterno,
pues, para tener infierno,
me encuentro bien en el mio.—

FLORA. Yá no se ven.... ¡Que tan léjos,
estando tan cerca, estén!

BENITO. Dicen que del rey se ven,
como del sol, los reflejos.
Á Enrique acosado tienen;
los magnates no le dejan;
ya vienen los que se quejan;
y ya los que á pedir vienen.
Y cuando se acaba el ruego
de tantos séres contrarios,
ministros y secretarios
á ver al rey entran luégo,
con pergaminos así,
que llenan los mentecatos
de unos negros garrapatos
que llaman letras aquí.
¡Y por tarde y por mañana
siempre la misma porfía!
—¡Yo, si fuera rey, haria (Transicion.)
lo que me diese la gana!

FLORA. ¡Bien dicho, y mejor pensado!
—Dime: ¿sabes si está Enrique
con la hija del rey Fadrique
á unirse determinado?

BENITO. La princesa lleva el luto
de su padre, y todavía
ni de noche ni de dia

sale de su cuarto.—Astuto (Confidencialmente.)
he procurado inquirir
la resolucion tomada
por el rey, y óyeme: nada
he logrado descubrir.
¿Tú sabes...?

FLORA. Tan sólo puedo
decir que, cuando se alzó
á Enrique por rey, habló
con mi señora Manfredo,
su padre, al siguiente dia,
con tal secreto, que, áun cuando
yo me encontraba escuchando,
muy poco, ó nada, entendia.
Sí, que Manfredo mandaba
á Constanza no sé qué....
que de su agrado no fué,
porque Constanza lloraba.
¿Qué será...?

BENITO. De tal manera
ella á Enrique evita yá,
que Enrique furioso está,
se agita y se desespera.
Pero él debe dar la mano
á la princesa, esto es ley:
si no se la da, no es rey,
y yo vuelvo á ser villano.
Dí á Constanza que al olvido
dé su pasion desde hoy,
y que, á falta de otro, estoy
dispuesto á ser su marido,

FLORA. ¡Traidor! ¡Falso! (Con enojo.)

BENITO. De este modo
de él y de ella se concilia
el bien, Flora, y en familia,
á la postre, queda todo.

FLORA. ¡Aleve! Con la fortuna
me olvidaste y te engreiste....
¿Y la palabra que diste?

BENITO. ¿Pues yo dí palabra alguna?
FLORA. De casamiento.
BENITO. Es error.
FLORA. Palabra de casamiento,
y además el juramento
que me hiciste por tu honor.
BENITO. Si el juramento aquel dia
por mi honor, cual dices, fué,
no es válido, pues juré
por lo que yo no tenía.
Mi encumbramiento ahora empieza,
y en noble estoy convertido.
FLORA. ¡Si yo á Constanza he pedido
un título de nobleza!
BENITO. (Con tono majestuoso, pero ridículo.)
Entónces de mi error salgo;
nada de lo dicho valga,
Flora, que siendo tú hidalga
bien mereces un hidalgo.
Yá el juramento renuevo.
FLORA. ¿Y la palabra?
BENITO. Tambien.
Serémos quién para quién.
FLORA. Ni me llevas, ni te llevo. (Páusa.)
BENITO. ¿Y adónde, así, discurrias
por estas salas ahora?
FLORA. En busca de mi señora
iba, que todos los dias
—desde que en palacio está—
en los jardines reales
suele divertir sus males.
BENITO. Pues contigo voy allá;
que Enrique, en su duelo amargo,
ver á Constanza desea,
y quiere que hoy mismo sea:
de hablarla me dió el encargo.
FLORA. ¡Te da buen oficio! (Irónico.)
BENITO. Sí.
FLORA. Vén conmigo: ahora, quizás,

verla y hablarla podrás....
¿Y dónde es la cita?

BENITO. Aquí:
porque, atendiendo á su fama,
si reyes las citas dan
no es el citado el galan,
que la citada es la dama.

FLORA. Yo temo que mi señora
se niegue....

BENITO. ¡Pues está buena!
¡Si el rey lo manda y ordena!

FLORA. Callo, entónces.

BENITO. Vamos, Flora.

(Vánse los dos, figurando que hablan, por la derecha del foro.)

ESCENA III.

MANFREDO, FEDERICO; por la segunda puerta de la izquierda.

FEDER. En vano, Manfredo, en vano
me persuadís; yo sospecho
que el desamor de Constanza
tiene mayor fundamento.

MANFR. ¿Qué sospechais, Federico?

FEDER. No es sólo el pudor honesto
de la tímida doncella
lo que impide—á lo que entiendo—
que corresponda apacible
al amor que yo la ofrezco.

MANFR. ¿Pènsais, pues...?

FEDER. Tengo sospechas
y mal dormidos recelos
de que el amor de Constanza
tiene más dichoso dueño.
—Me acerco á hablarla rendido,
si en los jardines la veo,
y á las sentidas razones
con que mi afan le demuestro,

me responde, algunas veces,
equivocando conceptos,
como si hablara con otro,
—de rabia, al decirlo, tiemblo—
aunque ausente de su vista,
presente en su pensamiento.

MANFR. ¿Y eso es todo, Federico?
(¡Oh, qué claro ven los celos!)
Pensad bien que es hija mia,
y de virtudes ejemplo:
no querais que una doncella
que habrá de ser, en efecto,
vuestra esposa, ahora os demuestre
mucho amor, ántes de serlo,
pues, si os lo demuestra ahora,
¿qué guardará para luégo?

FEDER. No es eso todo. Escuchadme.
—Ayer, en rústico asiento, (Con melancolía.)
descansaba en los jardines
Constanza; triste silencio
guardaba á su lado yo,
caer de sus ojos viendo
lágrimas, que pretendia
que se volviesen adentro.
Ruidosas aclamaciones
resonaron en mil ecos
por los jardines, y á poco
pasó el rey al lado nuestro.
Y.... ¿lo diré?... yo-ví, entónces,
—no fué ilusion, nó—que al fuego
de las miradas reales
en vapor se convirtieron
las lágrimas de Constanza;
y, mudado el sentimiento,
sus bellos ojos, que eran
soles por nubes cubiertos,
soles radiantes y alegres
otra vez á ser volvieron.

MANFR. Ilusion vuestra sería....

FEDER. ¡Pluguiera á Dios!
MANFR. (Es tremendo
de Constanza el sacrificio;
mas necesario....)
FEDER. Manfredo,
decidme, vos: ¿por qué el rey
dilata dar cumplimiento
á la condicion impuesta
por Fadrique á su heredero?
Á la princesa Matilde,
si ha de gobernar el reino,
debe dar su mano; así
lo dispone el testamento.
Si la condicion no cumple,
no será rey: buscarémos, (Con energía.)
pues vive oculto en Sicilia,
al otro hijo de Guillermo,
y si se une á la princesa
por nuestro rey le alzarémos.
MANFR. Paso, Federico, paso; (Con severidad.)
medid bien vuestros acentos,
y no acabe por traiciones
lo que ha empezado por celos.
FEDER. Yo.... mi amor.... (Confuso.)
MANFR. Porque es amor
os disculpo.—Yo os prometo
que Constanza será vuestra:
nunca mi palabra vuelvo
atrás.—Y si hoy mismo el rey
la condicion—como espero—
cumple; si yá vuestro padre
quiere consentir en ello,
pedirémos al monarca
para vuestro casamiento
la real licencia.
FEDER. (Con alegría.) Señor,
humilde esas plantas beso,
pues, viéndola esposa mia,
no he de temer lo que hoy temo,

—perdonad esto que digo—
porque acaba, segun creo,
los temores del amante
la vigilancia del dueño.
¡Feliz yo, si su amor logro!

MANFR. El rey se acerca. Silencio.

ESCENA IV.

DICHOS: ENRIQUE, ROBERTO y cortesanos (*).—Salen por la primera puerta de la derecha.—Manfredo intenta prosternarse ante Enrique, y éste lo evita.—Enrique trae vestiduras, manto y corona reales.

MANFR. Á tus plantas....
ENRIQUE En mis brazos,
y os doy el alma con ellos;
y áun así, sé que á pagaros
no alcanzo yo cuanto os debo,
pues sé que os debo, señor,
la vida y el sér que tengo.
FEDER. (Acercándose y saludando.)
Guarde Dios á Vuestra Alteza.
ENRIQUE ¡Federico! (Con disgusto, volviendo el rostro.)
ROBERT. (¡El rostro ha vuelto!)
FEDER. (De aquel enojo pasado
aún tiene fijo el recuerdo.)
ENRIQUE En mi frente la corona
está, en mis manos el cetro,
y ante tamaña grandeza
me asusto y me desvanezco.
Entre la pompa y el fausto,
dulcemente lisonjeros,
el alma inquieta no goza
los placeres de otro tiempo.
Busco amigos, y tan sólo
aduladores encuentro;
busco la paz, y hallo guerra,

(*) Donde éstos no puedan presentarse con el decoro y aparato convenientes, será mejor suprimir su salida.

busco amor, y hallo respeto....
¡Nunca en mayor soledad
me ví que la en que me veo!

(Siéntase en el sillon: le rodean Manfredo, Roberto y Federico, éste más apartado que los otros: los cortesanos forman los grupos convenientes, figurando, á veces, que hablan, como dándose cuenta de las impresiones que reciben.)

ROBERT. Señor, mudanzas de estado
siempre consigo trajeron
alteraciones del alma,
mudanzas de pensamientos.

ENRIQUE ¡Si supiérais lo que, á solas,
muchas veces considero!

MANFR. ¿Podrémos saber, señor,
qué es lo que piensas?

ENRIQUE Sí: pienso
que, en tanto que la fortuna
me sube hasta el trono excelso,
tengo en el mundo un hermano
á quien no conozco, pero
á quien amo desde el dia
en que supe que le tengo;
un hermano que, quizás
entre penas y tormentos,
como ántes yo, de la vida
arrastra, infeliz, el peso. (Levántase.)
¡Cuánto diera por hallarle!

(Federico, atraido por las palabras de Enrique, va acercándose á él, hasta ponerse á su lado, de modo que Enrique no lo note.)

¡Con qué placer, con qué afecto
á mi lado le trajera!
¡Estrechándole á mi pecho, (Con ternura.)
cadenas de amor serian
mis brazos para su cuello!

(Extiende maquinalmente los brazos, figurando la accion de abrazar, y toca á Federico.—Éste se muestra sorprendido, y tambien Enrique, que le rechaza.)

FEDER. ¡Señor!...

ENRIQUE ¡Federico!—Acciones (Con rudeza.)

turbadas las mias fueron,
y al extender yo mis brazos
vos tropezásteis con ellos.
(Vuélvese á Manfredo y Roberto.)
Vosotros sabréis, sin duda,
en dónde vive encubierto
ese hermano....

ROBERT. Recordad
que dispone el testamento
de Fadrique, que no pueda
descubrirse ese misterio
á no ser que renuncieis
el trono....

ENRIQUE Bien lo recuerdo: (Con pesadumbre.)
bien pesan dentro del alma
las condiciones que ha impuesto,
pues darme un poder, á tales
contradicciones sujeto,
es como darme la vida
para que viva muriendo.

MANFR. Y yá es preciso cumplir
la condicion, no hay remedio,
que es voluntad respetable
la voluntad de los muertos.

ROBERT. Á la princesa Matilde
daréis vuestra mano luégo,
que, terminados los dias
debidos del padre al duelo,
necesario es que cumplais
la condicion, como bueno.

FEDER. Así, señor, lo reclama,
con la córte de Palermo,
todo el pueblo siciliano.

ENRIQUE ¿Qué me importa todo el pueblo? (Con enojo.)
Pídanme, en buen hora, siempre
hallarme á su bien atento,
en la guerra con las armas,
en la paz con el consejo;
pídanme que haga justicia

en el grande y el pequeño;
mas no pidan que del alma
los más dulces sentimientos
sacrifique; no me pidan
que, hasta el pomo, yo, en mi pecho,
el puñal que me dé muerte
hunda.... ¡No me pidan esto,
que verdugos de sí propios
ni los hay, ni puede haberlos!
(Sensacion entre los cortesanos.)

MANFR. Calma, señor, tu arrebato,
que nunca el bien fué completo.

ROBERT. Si no os casais con Matilde, (Con energía.)
que será imposible advierto
que reineis vos en Sicilia.

ENRIQUE ¿Pues os digo yo que quiero (Con desprecio.)
reinar? ¿Pensais, por ventura,
que una corona y un cetro
de mis locas ambiciones
pudieran ser el objeto?
¡Jamás!—¡Ambicion sentia
por un bien de mayor precio,
un bien que, en mi estado humilde,
gozaba, sin merecerlo,
un bien que con la grandeza
ilustre que gano, pierdo!

ROBERT. ¿Qué decís?

MANFR. Señor.... ¿no tienes
cuantos honores soberbios
el hombre ambiciona? ¿No
eres yá el más alto ejemplo
del favor de la fortuna?
¿Qué anhelas más?

ENRIQUE ¡Ay, Manfredo!
¡Ay, padre!--¿Nunca, en su nido,
viste al pajarillo tierno
pugnando yá por volar,
áun no de plumas cubierto,
que ántes de nacer sus alas

le nacen las del deseo?
¿No le viste, que, áun apénas
alza vacilante el vuelo,
deja el nido, fiando más
de lo que puede en su esfuerzo?
¿No viste las tempestades
amontonarse en el cielo,
el aire arder con los rayos
de pardas nubes engendros,
y hallar muerte la avecilla
entre piélagos de vientos,
suspirando por el nido,
que está muy léjos, muy léjos?
—¡Quién al nido me volviera
que tambien muy léjos veo!—

(Cae en el sillon, abrumado por sus emociones.—Manfredo le mira con lástima; Roberto, Federico y los cortesanos con extrañeza, sin comprender la situacion de su ánimo.—Páusa.)

FEDER. (¿Qué es esto....?)
MANFR. (¡Cuánto es su amor!
Mas mi deber es primero,
y cumpliré como honrado.)
ROBERT. (Su rara pasion no entiendo.)
ENRIQUE Dejadme, dejadme todos (Reponiéndose.)
á solas, por un momento,
mientras la fiera borrasca
se calma que hay en mi pecho.
Dejadme, digo.
MANFR. Señor....
ENRIQUE ¡Despejad! Solo estar quiero, (Con violencia.)
que abatimientos de un rey
no han de ver ojos ajenos,
cuando ni sus propios ojos
nunca debieran de verlos!

(Vánse todos por la izquierda del foro, figurando que hablan y comentan el estado en que dejan á Enrique: éste los mira ir, y no se tranquiliza hasta que todos desaparecen, demostrando entónces una tristeza y melancolía que contrasten con sus anteriores arrebatos.)

ESCENA V.

ENRIQUE.

¿Para esto, Enrique, subiste
á la grandeza mayor?
¡Ay! Nunca olvidado amor
de Constanza.... ¿qué te hiciste?
Si en mi antiguo estado, triste
y mísero, mi esperanza
halló en ella confianza
—que amor no conoce ley—
¿cómo, cielos, siendo rey
me está olvidando Constanza?

—

No sé.... Vivir de esta suerte,
en la ignorancia, es vivir
como el que se ve morir
sin saber qué le da muerte:
pues yo desdicha tan fuerte
hasta el fin apurar quiero;
de sus labios oir espero
por qué, así, me mata fiera,
y á lo ménos, yá que muera,
sepa yo el mal de que muero.
(Páusa, durante la cual reflexiona.)

—

¿Cómo causa, en hora impía,
èste tormento mortal
mi Constanza?.... Digo mal,
pues yá deja de ser mia
Constanza.... ¡En funesto dia
trocada mi suerte ví!
No importa que logre aquí
el trono y corona bella,
que no siendo para ella,
¿de qué me sirven á mí?

Promesas y juramentos
despojos son de su olvido;
y al pensar en lo que ha sido
vienen, dándome tormentos,
mil celosos pensamientos
en mi frente á golpear,
al modo que, sin cesar,
cuando sube la marea,
sobre la playa golpea
con ronco estruendo la mar.

—

Son celos estos desvelos;
su color conozco bien:
son celos.... pero.... ¿de quién, (Con agitacion.)
de quién tengo yo estos celos?
¡Federico!.... ¡Qué recelos!
¡Constanza!.... ¡Qué confusion!
¡Cálmate, loca pasion,
porque temo que, atrevida,
si no me quitas la vida,
me has de quitar la razon!

ESCENA VI.

DICHO: BENITO, por la derecha del foro.

BENITO. Albricias, señor, albricias.
ENRIQUE ¿Eres tú, Benito?
BENITO. Sí.
ENRIQUE ¿Y qué pretendes aquí?
BENITO. Te traigo buenas noticias.
ENRIQUE ¿De Constanza?
BENITO. ¡Claro está!
ENRIQUE ¿Tú la hablaste?
BENITO. Sí, señor.
ENRIQUE ¿De mi amor?
BENITO. ¡Pues! De tu amor.
ENRIQUE ¿Vendrá? (Con temor y esperanza.)
BENITO. Sin duda, vendrá.

ENRIQUE ¿Te oyó...?
BENITO. No con mucho agrado,
y despues de oirme exclamó:
bien, decid al rey que yo
cumpliré lo que ha mandado.
ENRIQUE ¿No más?
BENITO. Te va á obedecer,
y virtud muy grande es ésta.
¡Tú no sabes lo que cuesta
que obedezca una mujer!
(Aparece Constanza, por la derecha del foro.)
ENRIQUE ¡Calla!
BENITO. Preciso es que parta, (Viendo á Constanza.)
pues llega gente á la costa.
ENRIQUE ¡Ella! (Viendo á Constanza, que se adelanta.)
BENITO. Soy como la posta:
me voy dejando la carta.
(Váse por la izquierda del foro.)

ESCENA VII.

ENRIQUE: CONSTANZA.—Ésta se adelanta lentamente, dejando conocer los distintos sentimientos que la combaten.

CONST. Señor.... (¡Ay, con cuántas penas
confusa el alma batalla!)
Llamástéme: tu vasalla
te obedece. ¿Qué le ordenas?
Habla, y cumpliré tu ley.
(¿Hay hados más infelices?)
Tú eres mi rey....
ENRIQUE (Con vehemencia.) ¡Tu rey, dices!
¿Y nada más que tu rey? (Con templanza.)
CONST. Nada más, señor.... (Vacilando.)
ENRIQUE (Reconviniéndola.) ¿Así
puedo mirarte mudada,
de modo que yá en mí nada
encuentres de aquel que fuí?

Constanza, desde aquel dia
aciago en que pisé el trono,
yo lamento el abandono
de quien ántes era mia.
Desde entónces no he podido
ver la luz de mi existencia,
porque tú de mi presencia,
temblando, siempre has huido.
Sé que ninguna razon (Con ternura.)
para tal desvío he dado,
pues, al mudar yo de estado,
no mudé de corazon.

CONST. Señor.... ¿qué podré decir,
para mi disculpa, ahora?
Llámame falsa, traidora....
Dí que merezco morir, (Con resignacion.)
dí que en ninguna se vió
tal perjurio....

ENRIQUE ¡No prosigas!

CONST. ¡Qué yá, cuanto tú me digas,
me lo tengo dicho yo!
(Páusa: Enrique contempla á Constanza con extrañeza.)

ENRIQUE ¿Cómo las ardientes llamas
de aquel amor se apagaron?

CONST. ¡Sólo cenizas quedaron!

ENRIQUE ¿Es cierto que no me amas?

CONST. ¿Por qué me has de preguntar,
si no puedo responder?
¡Harto sabes, con saber (Con desesperacion.)
que yá no te puedo amar!
(Haciendo grandes esfuerzos para disimular su pena, queriendo convencer á Enrique de que no le ama.)
Aquellos dulces cariños
que en la infancia nos unieron,
y con nosotros crecieron,
eran.... afectos de niños:
eran.... las ánsias primeras
del instintivo deseo
de amar.... que tuvo su empleo

en locuras y en quimeras....
—Cuando, con violencia suma,
la ola del mar espumosa
choca en la playa arenosa,
queda el agua, y nó la espuma.
Pues la pasion que te apena....
(y que tanto lloro á solas)
fué la espuma de las olas,
que se deshace en la arena.—
—¡Olvídame!

ENRIQUE ¡No será! (Con energía.)
¿El volcan Etna no ves?
¡Con todo el mar á sus piés
siempre ardiendo el Etna está!
¡Olvidarte! Tal suplicio
no has de imponerme, Constanza....

CONST. No puedo darte esperanza....
(Yo cumplo mi sacrificio.)
Para tí mi amor ha muerto;
sepúltalo en el olvido....

ENRIQUE (Notando en Constanza algo extraño, que quiere adivinar.)
¡Tú lo pides!...

CONST. ¡Yo lo pido
por las lágrimas que vierto!

ENRIQUE ¿Debo creer los enojos
de tu pena, ó tus agravios?
Lo que me dicen tus labios
me lo desmienten tus ojos.

CONST. Señor....

ENRIQUE (Atrayéndola á sí dulcemente, con ternura.)
Vén, Constanza, vén
á mi lado.

CONST. (¡Estoy sin calma!)

ENRIQUE ¿No eras alma de mi alma?
¿No eras tú mi único bien?
Que era mi pasion tan fuerte
recordarás todavía,
que el mirarte era mi dia
y era mi noche el no verte.

Recordarás que tú en mí
la vida tambien cifrabas,
ó, á lo ménos, lo jurabas....
¿No es cierto, Constanza? Dí....

CONST. Señor....

ENRIQUE De tu desamor
justo es que entónces me asombre....

CONST. (Olvidándose por un momento de su deber, con ternura.)
¡Enrique!...

ENRIQUE ¡Dime ese nombre, (Con júbilo.)
y no me digas señor!
Dime ese nombre, que fué
el mismo que pronunciaste
el dia en que me juraste
eterna y amante fé.
¡Lo pasado renovó
el nombre!

CONST. (Que ha dominado el movimiento anterior de su ánimo.)
¡Es sueño tu empeño!

ENRIQUE ¡Pues déjame con mi sueño
y no me despiertes, nó!

CONST. Sueño es la dicha más cierta (Con amargura.)
y el despertar nunca tarda;
mas no el Ángel de la Guarda,
el del dolor nos despierta.
Éste, con triste ansiedad,
trae del martirio las palmas,
y ha llamado á nuestras almas
diciéndoles: ¡Despertad!

ENRIQUE (Apartándose de ella, irritado al ver que no puede adivinar la causa de su resolucion.)
Te estoy oyendo, y en mí,
al escucharte, no estoy.
—Cuando yo á renunciar voy
trono y corona por tí;
cuando, con grandeza rara,
logro vencer la ambicion
por no cumplir condicion
que de mi bien me separa,

¿tan rigoroso desvío
me muestras, ingrata, aleve,
y de tu pecho la nieve
apaga el fuego del mio?

CONST. ¡Si de mi angustia mortal (Con desesperacion.)
supieras tú la ocasion!
¡Si fuera mi corazon
un transparente cristal!
¡Cómo, entónces, me tuvieras
piedad, Enrique!... Tú mismo
te espantáras, si el abismo
de mi pecho ver pudieras.
¡En él un lago hervidor
yo con mis lágrimas hago,
y naufraga en ese lago
de lágrimas el amor!

ENRIQUE Pues dura á mi afan no seas,
cuando yo á tu afecto llamo....
¿Me amas, dí?

CONST. (Confesándolo á pesar suyo.)
¡Que si te amo!
¡Nó, Enrique, nó, no lo creas! (Transicion.)
Estás, por demás, terrible
con esa loca porfía....
Me engañé.... te engañaria....
¡Si es imposible.... imposible!

ENRIQUE Esos turbados acentos, (Con rudeza.)
con que muerta el alma dejas,
sospecho que no son quejas....

CONST. Pues ¿qué son?

ENRIQUE ¡Remordimientos!

CONST. ¡Que tal pienses!

ENRIQUE Claro está,
aunque tú no lo dijiste,
que el corazon que me diste
otro dueño tiene yá.
Su nombre.... su nombre dí.... (Con furor.)
Lo mando.... no lo suplico....
Mas.... yá lo sé.... ¡Es Federico!

CONST. ¡Señor!...
ENRIQUE ¡Federico, sí!
Por él me vendes, por él (En el colmo de la ira.)
me engañas, por él me olvidas....
¡Que no tuviera cien vidas
que arrancarle!
CONST. (Con espanto.) ¡No, crüel,
deslustres el soberano
trono con la tiranía!
ENRIQUE Pues tamaña alevosía
¿á quién no torna en tirano?
CONST. Yo sola, yo te ofendí....
ENRIQUE ¡Ingrata! ¡Vengarme ofrezco!
CONST. ¡La muerte, pues la merezco,
dame! (Aparece Manfredo en el foro izquierda.)
ENRIQUE ¡La mereces, sí!
Deja que de tí me aparte (Conteniéndose.)
para no verte jamás....
CONST. ¡Enrique!...
ENRIQUE ¡Si te oigo más,
temo que habré de matarte!

(Váse por la izquierda del foro.—Manfredo se oculta tras una columna, para no ser visto por Enrique; y luégo que pasa éste viene al encuentro de Constanza: ésta mira ir á Enrique, con desesperacion.)

ESCENA VIII.

CONSTANZA: MANFREDO.

CONST. ¡Ay, que yo misma he deshecho
mi vida, mi amor, mi bien!
MANFR. ¡Hija mia!
CONST. ¡Padre!
MANFR. Vén,
y llora sobre este pecho.
Da á tu dolor suelta rienda,
no pongas al llanto dique,
pero que jamás Enrique

tu sacrificio comprenda.

CONST. Vos me mandásteis que así
obrára, padre.... ¡Yá veis
si tengo valor!... ¡Debeis
estar contento de mí!
Pues en la marcial accion
que el deber al amor libra,
he ido yo, fibra por fibra,
desgarrando el corazon....
Venciéndome, he conseguido
el triunfo en esta pelea....
¡Ay! ¿Quién ha visto que sea
la victoria del vencido?

MANFR. ¿Qué mandaba la lealtad (Con tristeza.)
de mi pecho, á Enrique fiel?
Ántes la ventura de él
que la tuya.

CONST. ¡Sí, en verdad!

MANFR. Por tí renunciar queria
el trono, con noble ardor:
yo te mandé ahogar su amor
para que él reine, hija mia.
En él, sacrificio tal,
no aceptándolo, admiremos....
¡Cuando otro por él hacemos
quedamos de igual á igual!

CONST. Padre, estais obedecido;
desamor le fingí yá,
y yá me olvida quizá
porque piensa que le olvido.
¡Oh, qué ciego! ¡No veia (Con asombro.)
cuando yo la dulce fé
negaba, que le juré,
que, al negarla, me moria!

MANFR. ¡Constanza!

CONST. (Con desesperada exaltacion, mirando al sitio por donde se fué Enrique, y como si éste pudiese oirla.)
¡Nó, Enrique! Yo
ni por un solo momento

te borré del pensamiento....
¡Nunca lo imagines, nó!
¡Te amo!

MANFR. (Temiendo que la oigan.)
Tu voz no prosiga....

CONST. ¡Te amo, bien lo sabe el Cielo!

MANFR. ¡Calla!

CONST. ¡Dejadme el consuelo, (Con energía.)
siquiera, de que lo diga!
Vos me mandais que yo deje
de ser amada.... Sabeis
que obedecí.... ¡No mandeis
que me muera, y no me queje!

MANFR. ¿Piensas que tu padre es
insensible á tu tormento?
Nó; tu desventura siento.... (Enternecido.)
¡Si es tambien mia! ¿No ves
que no culpo tu afliccion?...
Tambien á mí me devora....
(Muy bajo, y abriéndole sus brazos, en los que se precipita Constanza.)
¡Hija desdichada, llora!

CONST. ¡Padre de mi corazon!
(Páusa larga, durante la cual están abrazados.)

MANFR. Hija, en la lucha empezada
yá no podemos ceder....
Áun más te ordena el deber. (Con esfuerzo.)

CONST. Á todo estoy resignada. (Abatida.)
Hablad.

MANFR. Mientras no te vea
casada, ha de imaginar
Enrique que le has de amar;
y, abrigando tal idea,
nunca de esposo la mano
dará á la princesa: en tí
vivirá esperando: así
no puede ser Soberano.
Si te ve casada yá
con Federico, Constanza,

si no le queda esperanza,
la condicion cumplirá.

CONST. ¿Qué pedís? (Con terror.)

MANFR. Por su ventura
lo exige nuestro deber.

CONST. ¡No me basta recorrer
mi calle de la Amargura!

MANFR. Estériles, de otro modo,
tus nobles esfuerzos son.

CONST. ¡Sí, padre, teneis razon,
y yo me resigno á todo!
Sea completo el sacrificio;
pues, si al cabo he de morir, (Con indiferencia.)
no he de pararme á elegir
el género del suplicio.

MANFR. ¡Hija!

CONST. ¿Qué más deseais?
¡Cuanto tengo os sacrifico!

MANFR. Álguien viene....

CONST. ¡Federico.... (Viéndole.)
el esposo que me dais!

(Hace un gran esfuerzo y logra dominarse.—Federico sale por la izquierda del foro, y se aproxima á ella y á Manfredo.)

ESCENA IX.

DICHOS: FEDERICO.

FEDER. ¡Aquí estais!

MANFR. Llegad.

FEDER. En vano (Á Constanza.)
en el jardin os buscaba:
mas yo, iman de vuestro norte,
girasol, en la constancia
con que del sol de unos ojos
busco siempre las miradas,
al fin os encuentro: albricias
por el hallazgo da el alma.

CONST. Federico....
FEDER. Pero estais, (Receloso.)
á lo que pienso, turbada.
CONST. No penseis....
FEDER. Esa tristeza
que os aflije.... ¿no se calma?
Mirad que yo estoy celoso
de vuestro llanto, Constanza,
y, si lo causa una pena,
de la pena que lo causa.
MANFR. La ventura, Federico,
tambien se expresa con lágrimas,
y va á ser feliz.... ¿No es cierto? (Á Constanza.)
CONST. ¡Oh, sí.... muy feliz! (Con forzada alegría.)
FEDER. Palabra
de ser vos esposa mia
dió vuestro padre.
MANFR. Empeñada
la tengo, y la desempeño.
Sabed que vuestra esperanza
se cumple; que yá mi hija
se encuentra determinada
á ser vuestra esposa....
CONST. Nó....
No penseis que yo rehusaba (Transicion.)
este honor.... (¡Estoy muriendo!)
FEDER. ¡El júbilo me arrebata!
¡Seréis mia!....
CONST. Federico....
(¡Corazon rebelde, calla!)

ESCENA X.

DICHOS; ROBERTO, agitado, por el foro, izquierda.

ROBERT. ¡Cuánto me alegro de hallaros
aquí, Manfredo!
MANFR. ¿Qué pasa,

Roberto, para que así
os altereis?

FEDER. Sin tardanza
decidlo.

ROBERT. Oidme.

(Se agrupan alrededor de Roberto, oyéndole con interés y ansiedad, demostrando los distintos sentimientos que debe producir en cada uno la relacion de aquél.)

En el régio
salon del trono me hallaba,
cuando con trémulos pasos
en él penetró el monarca.

CONST. (¡Enrique!)

MANFR. ¡El rey!

ROBERT. No me vió.
Al trono, como quien anda
á tientas, llegó y sentóse,
con la color demudada,
con los ojos encendidos,
y demostrando tal rabia,
que, conmovido por ella,
todo su cuerpo temblaba.—
En verdad me puso espanto.

MANFR. Seguid.

CONST. (¡Ay!)

FEDER. Seguid.

ROBERT. Palabras
confusas, que no entendia,
de sus labios se escapaban.
Luégo bajó, recorriendo
á grandes pasos la estancia,
con ademanes convulsos
que daban terror y lástima.
—Fiero leon parecia
que, con los bosques del Asia
y la libertad soñando,
en los hierros de la jaula,
donde vive prisionero,
afila las corvas garras.—

CONST. (¡Infeliz!)
FEDER. Seguid.
MANFR. Roberto,
¿qué frenesí le asaltaba?
ROBERT. Vióme al fin, y refrenando
con esfuerzo aquella saña
que le embargaba, impasible
quedóse como una estátua.
—Roberto—díjome—al punto
prevenid fiestas y galas,
que mis bodas con Matilde
presto han de ser celebradas.—
CONST. (¡Ay de mí!)
ROBERT. —Que así me vengo
—prosiguió—de quien me mata,
y así ceñirá mi frente
la corona siciliana.—
Y, dejándome el asombro,
dejó el rey aquella estancia.
¿Qué pensais de esto, Manfredo?
MANFR. Que alguna dolencia extraña
debió de turbar su mente
un instante.... mas se halla
tranquilo yá.... Indecisiones
justas son las que le embargan....
Yá sabeis que una corona
real es pesada carga....
ROBERT. Razon teneis: yo, turbado,
dí, acaso, más importancia
de la que tuvo al suceso;
mas con Matilde se casa,
y yá nuestro rey le aclamo.
MANFR. Goce el reino edades largas.
FEDER. Yo, padre, por su corona
mi fortuna no cambiára.
ROBERT. Federico, bien me place
mirarte unido á Constanza,
que sus virtudes conozco;
y si ántes yo dilataba

tal momento, era, hijo mio,
por la secreta esperanza
de mejorar tu fortuna
que el corazon alentaba.
¡Mas no lo ha querido el cielo! (Con tristeza.)

FEDER. ¿Qué decís, padre?

MANFR. (Con extrañeza.) (¿Qué habla?)

ROBERT. Hijo, nunca me preguntes
misterios que el pecho guarda.

FEDER. No temais: nada desea
quien todo su bien alcanza.
—Para celebrar mis bodas,
padre, solamente falta
real licencia.

ROBERT. Luégo al rey
harémos esa demanda.

CONST. (¡Gran Dios!... ¡Tiemblo al escucharlo!)

MANFR. ¿Y cuándo...?

ROBERT. Hoy mismo, ó mañana.

FEDER. Hoy mismo, que no consienten
mayor término mis ánsias:
hacedlo así.

ROBERT. Hoy quedarás
satisfecho.

FEDER. ¡Oh, padre, gracias!

ESCENA XI.

DICHOS: BENITO, por la izquierda del foro.

BENITO. Desde que con ella habló
así se ha puesto.—¡Mal hayan
todas las hijas de Eva!
Señor.... ¿por qué la manzana
no fué siquiera un melon?

MANFR. Benito.... (Llamándole.)

BENITO. Señor.... (Acercándose.)

MANFR. ¿Qué hablabas?

BENITO. Pues.... ¿no lo sabeis?—Enrique,

quiero decir, el monarca,
está furioso, furioso....
Por todo el palacio anda
maquinalmente, y gran susto
me han causado sus miradas.
Yo dije: —¿Si se habrá vuelto
loco? Pues, si es loco, guarda,
que si á un rey ha de temerse,
si es loco más.—Y mis plantas
dirijo aquí, de él huyendo,
que viene hácia aquí.

(Al oir esto, Constanza se altera, y Manfredo acude en su auxilio.)

MANFR. (Constanza....

CONST. Él viene.... que no le vea....
¡Llevadme de aquí!)

(Roberto y Federico, al notar el sobresalto de Constanza, intentan dirigirse á ella, y Manfredo los detiene: en tanto Benito va y viene al foro, como temiendo que aparezca Enrique.)

MANFR. (Á Roberto y Federico.) Alterada
con tan extraño suceso
mi hija, de reposo y calma
necesita, y ahora mismo
voy en su cuarto á dejarla.

FEDER. Por vos sufro esa dolencia. (Á Constanza.)

CONST. (¡No hay mujer más desdichada!)

(Vánse Manfredo y Constanza por la segunda puerta de la izquierda, despues de saludar y ser saludados.)

BENITO. Miedo habrá cogido al loco....
¿Manfredo, que peina canas,
es prudente, y se retira?...
Pues yo sigo sus pisadas.

(Váse siguiendo á Manfredo y Constanza.—Aparece Enrique por la izquierda del foro: Roberto y Federico se apartan á un lado, ocultándose entre las columnas y observando á Enrique.)

ESCENA XII.

ROBERTO y FEDERICO: ENRIQUE, en el foro, primero: luégo se adelanta poco á poco.

ENRIQUE ¡Si no es posible! ¡Si yo
no me puedo convencer!
¡Si yo no quiero perder
la gloria que el alma vió!
FEDER. (Confuso está.... (À Roberto.)
ROBERT. Calla.)
ENRIQUE (Adelántase.) Sí,
es verdad.... ¡triste verdad!
¡Qué grande es la soledad
que siento dentro de mí!
Grande como la traicion
en que mi dicha se estrella....
¿Y áun latiendo estás por ella...?
¡Qué mengüado corazon! (Con desprecio.)
Su olvido el tuyo provoca....
¡Y olvidar no puedes, nó!
¡Lo que ella en cera estampó
esculpí yo en una roca!
En ella, con hondos trazos,
su imágen grabada está....
¡Sólo borrarse podrá
si hacen la roca pedazos!
Yo á mi rival veré muerto....
ROBERT. Señor.... (Acercándose á Enrique.)
ENRIQUE (Sin oirle, ni verle.) ¡Muerto! No vacilo....
ROBERT. ¿Qué teneis?
ENRIQUE (Reparando en él, y dominándose violentamente.)
¡Si estoy tranquilo....
si estoy tranquilo, Roberto!
Hombre soy: pude ceder
á una pasion: no os asombre
mirar que el rey fuese hombre:

yá el hombre rey vuelve á ser.

ROBERT. Siento, señor, ese mal.

FEDER. Al alto cielo suplico (Acercándose.)
que os dé alivio....

ENRIQUE (¡Federico!
¡Mi venturoso rival!) (Páusa breve.)

ROBERT. Señor, si yá más calmado
os hallais, pediros quiero
una licencia que espero
me conceda vuestro agrado.

ENRIQUE Hablad. (Siéntase.)

ROBERT. Señor, mi hijo vió
una dama, que es estrella
de la córte: adora en ella....

FEDER. Eso mejor diré yo. (Interrumpiendo á Roberto.)
La adoro, sí, de tal suerte,
con un amor tan profundo,
que no lo ha habido en el mundo
ni tan grande, ni tan fuerte.

ENRIQUE Sigue. (Con sequedad.)

FEDER. Señor, quiso Dios
que mis súplicas oyera
y el fuego de amor ardiera
en las almas de los dos.

ENRIQUE (¡Infame!)

FEDER. Mis dichas todas
á su afecto he reducido,
y vuestra licencia os pido
para celebrar mis bodas.
Cumplid, señor, mi esperanza.

ENRIQUE (Asombrado y enfurecido por la peticion de Federico.)
(¡Licencia á pedirme viene!)

ROBERT. ¿La otorgais...?

ENRIQUE (Levantándose.) ¿Qué nombre tiene
la dama?

FEDER. Señor, Constanza.

ENRIQUE ¡Constanza! (Fuera de sí.)

FEDER. Sí.

ENRIQUE ¡Qué furor!

¡Es Constanza!

ROBERT. No me explico
esa furia....

ENRIQUE ¡Es Federico (Estallando su cólera.)
el vil ladron de mi amor!

FEDER. ¡Vos la amais!

ENRIQUE ¡Ella es mi bien!

FEDER. ¡Ella es mi prenda querida!

ENRIQUE ¡Miserable.... ella es mi vida!

FEDER. ¡Ella es mi vida tambien!

ROBERT. (Queriendo intervenir entre ámbos, que no le oyen.)
¡Por piedad!

ENRIQUE (Á Federico.) ¡Y te ama!

FEDER. ¡Sí!
¡Me ama!

ROBERT. ¡Federico!

ENRIQUE ¡Advierte
que es tu sentencia de muerte
ese amor!

FEDER. ¡La espero aquí! (Con decision.)

ENRIQUE ¿Qué aguarda nuestro furor?

ROBERT. Señor....

ENRIQUE ¡Desnuda la espada!

ROBERT. (Á Federico, que va á desnudarla.)
¡Hijo!

FEDER. La tiene embotada (Conteniéndose.)
vuestro respeto, señor.

ENRIQUE ¡Mi respeto! (Con sarcasmo.)

FEDER. Vuestro encono
saciad, que yo, á mi pesar,
sé que no puedo llegar
hasta la altura del trono.
Á la lealtad nunca falto.

ENRIQUE ¡Qué cobarde avilantez!
Por estar bajo, una vez,
y, otra vez, porque estoy alto,
satisfaccion, que pedí,
niegas á un hombre ofendido....
¡Pues yo, que al trono he subido,

voy á bajar hasta tí!

ROBERT. ¿Qué haceis, señor...?

ENRIQUE ¡Por mi nombre!

(Arroja la corona sobre la mesa, y se despoja del manto real que cae al suelo.)

Yá las insignias reales
me arranco.... ¡Somos iguales!
¡Yá aquí no hay rey: yá hay un hombre!
¡No dudes, cobarde! (Saca la espada.)

FEDER. (Sacando la espada.) ¡Nó!

ENRIQUE ¡Al fin!

FEDER. ¡Al fin! (Van á cruzar las espadas.)

ROBERT. (Interponiéndose.) ¡Nó.... jamás!

(Enrique y Federico logran separarse de Roberto, cruzan las espadas y comienzan el combate: Roberto los sigue con la mayor angustia, y coge á Enrique por el brazo izquierdo como para obligarle á que le oiga; pero Enrique sigue combatiendo: debe procurarse, para mejor efecto, que el duelo no consista en un mero cruzamiento de espadas, sino en una batalla.)

ENRIQUE ¡Defiéndete! (Á Federico.)

ROBERT. ¡Oh Dios!

ENRIQUE (Á Roberto.) ¡Atrás!

ROBERT. ¡Socorro! (Gritando hácia el foro.)

FEDER. ¡Atrás, padre!

ROBERT. Yo
no puedo.... ¡Favor! (Gritando.)

ENRIQUE ¡Anciano,
aparta!

ROBERT. ¡Por Dios suplico (Arrodillándose.)
que me escucheis! Federico....

FEDER. ¡Ay! (Cayendo herido.)

ENRIQUE ¡Me vengué!

ROBERT. ¡Es vuestro hermano!

(El ¡ay! de Federico y las palabras de Enrique y de Roberto deben decirse á un tiempo, de un modo simultáneo; confundiéndose unas con otras.—Roberto corre al lado de Federico, que deberá haber caido sobre el manto real, y procura reanimarle.—Enrique, al oir la revelacion de Roberto, lleno de espanto arroja la espada, quiere hablar y no puede, hasta que con grandes esfuerzos lo consigue.—Á los gritos de Roberto, pidiendo socor-

ro, han acudido los cortesanos (*), que entran por la izquierda del foro y forman diversos grupos alrededor de Enrique y de Roberto y Federico, mostrando su extrañeza y admiracion por medio de gestos y actitudes.—Estúdiese el cuadro.)

ENRIQUE ¡Ah! ¿Qué habeis dicho...? ¡Roberto!
¡Mi hermano...! ¡Mi hermano!
ROBERT. ¡Sí!
¡Él es!
ENRIQUE ¡El que miro aquí....
á mis piés.... acaso muerto!
ROBERT. ¡Él es, sí!
ENRIQUE —¡Destino impio!—
¡Te doy el manto real
por sudario funeral!
¡Perdóname, hermano mio!
(Cae arrodillado ante el cuerpo de Federico.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

(*) Respecto á la salida de éstos, téngase por reproducida la nota de la página 49.

ACTO TERCERO.

Salon de la quinta de Manfredo.—Al foro, en medio, gran puerta de la capilla de la quinta: por dicha puerta, que está abierta, se ve la nave central de la capilla: en el medio de la nave hay un altar exento, ó de centro, de los llamados vulgarmente á la romana, con una imágen de la Vírgen María, de talla, que debe destacarse mucho: el altar está profusamente iluminado con multitud de velas encendidas, y adornado con flores esparcidas por todo él: las columnas de la nave de la capilla están decoradas con paños de damasco ó terciopelo carmesí, con franja ó flecos de oro, y de los arcos penden lámparas encendidas. A cada lado de la puerta de la capilla, y á la altura proporcional, habrá una ventana ojival con vidrios de colores, que forman la figura de algun santo, transparentándose por ellos, aunque ténuemente, la claridad del interior.—A la derecha dos puertas laterales que figuran comunicar con otras habitaciones de la quinta.—A la izquierda, en primer término, puerta grande de entrada al salon, y en segundo término, en el ángulo que forma con el foro, puerta pequeña, por la que se ve el primer tramo de una escalera de caracol.—Sillones y taburetes apropiados á la época.—Al alzarse el telon aparecen: Manfredo, sentado en un sillon, á la derecha, y Flora en la capilla, colocando flores en el altar: una vez alzado el telon figura que acaba de colocarlas y viene al lado de Manfredo, que estará reflexivo y meditabundo.

ESCENA PRIMERA.

MANFREDO: FLORA.

FLORA. (Viniendo á donde está Manfredo y señalando hácia la capilla.)
Yá, señor, todo se encuentra
dispuesto: ved la capilla:

ved cómo el altar adornan
las flores de más estima,
siendo alfombra embalsamada
para esa imágen divina
de la Vírgen: ved, señor,
cómo esas candelas brillan.

MANFR. Bien, Flora.

FLORA. La ceremonia,
aunque secreta, es lucida.

MANFR. Secreto es el casamiento
de Federico y mi hija,
que altas razones lo exijen;
á nadie, Flora, lo digas.

FLORA. Yo sé muy bien las razones
que á tanto misterio obligan.
Un noble para casarse
real licencia necesita,
y como para esta boda
es una cosa prevista
que Enrique no la ha de dar,
en secreto se concilia
la union de los dos: es claro....
Por eso vos á la quinta,
trayéndonos á nosotras,
volvísteis con tanta prisa.

MANFR. ¡Flora! (Con enojo.)

FLORA. (Como queriendo disculparse.)
Señor.... si veo cosas
imposibles.... ¡Quién diria,
que Federico y Constanza
al cabo se casarian!
Y Federico es dichoso,
pues fué tan leve su herida
que al espirar la semana
ni señal de ella tenía:
apénas restablecido,
yá le tienen encendidas
las antorchas de himeneo....
—No tardará, que la dicha

alas presta al que la sigue
y consigue.

MANFR. Todavía
el abad de San Martin,
cuyo monasterio dista
corto trecho, y será quien
á los esposos bendiga,
no ha llegado.

FLORA. Yá se tarda.
Señor, si Enrique adivina
el matrimonio secreto
que hoy aquí se verifica,
será tal su enojo....

MANFR. Flora,
yá lo sé: no lo repitas.
Por eso con tal misterio
y sigilo se realizan
estas bodas.—Vendrá solo, (Con tristeza.)
sin gallarda comitiva,
Federico: no habrá justas
ni torneos, en que lidian
corteses los caballeros,
ni fiestas en la campiña;
ni festines suntüosos
en que reina la alegría;
ni mesas francas, al pueblo
en los patios ofrecidas;
ni trovadores que canten,
al pié de las celosías,
la hermosura de la esposa,
del esposo la hidalguía;
ni las pompas, ni las galas
que acostumbrarse solian.

FLORA. Teneis razon; y en verdad
esto causa maravilla....
La dicha de Federico
es para Enrique desdicha....
¡Pobre de Enrique! En el lecho (Enternecida.)
le postró fiebre maligna

al saber que era su hermano
Federico....

MANFR. Yá extinguida
está su dolencia, Flora,
y él sano.

FLORA. De buena tinta
sé que Constanza le amaba....

MANFR. No lo digas en tu vida. (Con severidad.)
Enrique es nuestro señor,
Enrique es rey de Sicilia,
y del amor de un monarca
sólo una princesa es digna.

FLORA. Pues.... ¿en qué se diferencia
—que mi mente no lo atina—
de una princesa el amor
del de otra mujer?—Creia
yo que, en todas las acciones
que naturaleza indica,
son lo mismo las princesas
que las gentes más sencillas.

MANFR. Calla, que tú no comprendes
que las altas jerarquías
con enlaces desiguales
se deslustran y mancillan.

FLORA. No quiera Dios que Benito,
que tambien se *jerarquiza,*
viéndose muy encumbrado
me halle de su amor indigna.

MANFR. Desde el alto mirador,
observa si se aproxima
el abad de San Martin,
y al punto, Flora, me avisa.
Le aguardo con impaciencia.

FLORA. Obedezco de seguida.
(Mirando hácia la segunda puerta de la derecha.)
Ved: llega Constanza.... (¡Válgate
la Santa Vírgen María!)
(Váse por la segunda puerta de la izquierda, subiendo la escalera de caracol.)

ESCENA II.

MANFREDO: CONSTANZA, con vestido blanco y corona de rosas blancas.

MANFR. (Saliendo á su encuentro.)
¡Hija!
CONST. ¡Padre!
MANFR. Te comprendo,
Constanza; mas tén valor....
CONST. Al mirar, padre y señor, (Con angustia.)
llegado el instante horrendo
del sacrificio crüel,
á que ántes yo me prestaba,
todo mi valor se acaba....
MANFR. Hija, por él....
CONST. Sí, por él,
por él yo me sacrifico,
padre; porque él reine, á dar
voy mi mano, ante ese altar,
hoy, hoy mismo á Federico.
Dudo y vacilo, señor,
y con mi flaqueza lucho....
¡Que por ser el amor mucho
se dé la muerte al amor!
MANFR. Ántes se debe temer
un sacrificio violento;
pero llegado el momento
se debe impasible ser.
En secreto te has de unir
á Federico: esto es ley,
pues sabes que nunca el rey
lo pudiera consentir.
Nunca licencia dará,
que darla en su amor no cabe:
mas si el matrimonio sabe
cuando celebrado yá

esté, verás que perdona
la lealtad de nuestro engaño,
que, por medio tan extraño,
le da el cetro y la corona.

CONST. ¡Quereis que me sacrifique! (Con dolor.)

MANFR. Lo quiere el destino impío,
nuestro deber....

CONST. ¡Padre mio,
si sólo pienso en Enrique!
—Cuando supe la dolencia
que le ha postrado en el lecho,
sentí el corazon deshecho
del dolor por la violencia.
Y soñé que le veia.... (Con espanto.)
(¡qué sueño!) pálido, inerte,
en los brazos de la muerte....
¡Mentira, pues yo vivia!
Llorando sin esperanza,
á él llegué con paso incierto,
y abrió los lábios el muerto,
y habló, y dijo así: ¡Constanza,
no te separes de aquí;
vuelve al cuerpo, á ser cautiva,
el alma, yá fugitiva,
al sentirte junto á mí!—

MANFR. (¡Desdichada!) Nunca más
dejes que su amor te agite.
Murió: que no resucite
en tu corazon jamás.
Ve que el honor aventuras
en esa lucha terrible,
y que á un afecto imposible
labra el honor sepulturas.

CONST. No padezcais inquietud....
¡Ved el altar cómo brilla...!
Puédese en esa capilla (Con lúgubre alegría.)
colocar un ataud;
de esas antorchas nupciales
convertirse el brillo impío

en el resplandor sombrío
de las hachas funerales!
Resuene el doble, que yo
sé de un alma que oirlo quiere....
¡Doblan cuando un cuerpo muere
y al morir un alma nó!

MANFR. Hija, valor, resistencia
para cumplir tu deber.

CONST. Sé lo que tengo que hacer;
pero escuchad mi demencia.
—Este hogar voy recorriendo,
y, al modo del moribundo
que se despide del mundo,
yo me voy de él despidiendo.
Aquí yo le he visto—exclamo....—
¡Ojalá nunca le viera!
Sus lábios, por vez primera,
dijéronme aquí «te amo.»
Aquí está el árbol, que olores
embalsamados tenía
y nuestras frentes cubria
con el dosel de sus flores.
¡Ah, no sé cómo estas glorias
podré en el olvido echar,
si, cuando voy á olvidar,
voy cargada de memorias!

MANFR. Calla, calla, por tu vida:
preciso es que te resuelvas
y que el puñal no revuelvas
dentro de la propia herida.
La condicion que Fadrique
dejó impuesta, ha de guardar
si en Sicilia ha de reinar:
¿no quieres que reine Enrique?

CONST. Padre, no sé lo que quiero....

MANFR. Tu labio un sí pronunció....

CONST. Sé, únicamente, que yo
quiero morir y no muero.

MANFR. ¡Oh, calla! Te lo suplico....

¡Te lo mando!

CONST. Reverencio
vuestras órdenes.

MANFR. (Señalando á la primera puerta de la izquierda, donde aparece Federico.)
¡Silencio,
esposa de Federico!
(Sale Manfredo al encuentro de éste, y entretanto se domina Constanza.)

ESCENA III.

DICHOS: FEDERICO.

FEDER. Manfredo....
MANFR. ¿Cómo os hallais?
FEDER. Fué leve la herida.... nada:
del todo cicatrizada
está yá.... Vos.... ¿cómo estais? (Á Constanza.)
CONST. Señor.... mi melancolía
vivirá siempre conmigo.
FEDER. Yo soy feliz, pues consigo,
en tan venturoso dia,
llamaros mi esposa.—Siento
que nuestra union ha de ser
secreta, y no puedo hacer
alarde de mi contento;
que, á ser pública, se hicieran
por vos tales regocijos,
tan diversos y prolijos,
que asombro á la córte dieran.
—Pero yo tampoco puedo
alegre mostrarme así....
Hállome triste....
MANFR. ¡Vos!
FEDER. Sí.
¿Cómo no estarlo, Manfredo?
Yá de mi suerte ignorada

rompió Roberto el arcano;
yá sé que Enrique es mi hermano,
y que si él deja burlada
la condicion, que en abono
de su hija Fadrique puso,
aunque yo el trono rehuso,
soy heredero del trono.

MANFR. Pero vos, noble y leal,
acataréis su derecho....

FEDER. Sí, que se abrasa mi pecho
en puro amor fraternal.

MANFR. ¡Bien, Federico!

FEDER. Si yo
á sus plantas no me arrojo,
es porque temo su enojo....
Yo no le aborrezco, nó.

CONST. ¡Oh, gracias! (Conmovida.)

FEDER. Nunca, jamás
podré odiarle: soy su hermano.
Desde que me hirió su mano
no nos hemos visto más.
Y yá no he de verle: así
que unidos los dos estemos,
de Sicilia partirémos....

CONST. ¡Muy léjos! (Con afan.)

FEDER. Muy léjos, sí.
Porque, al perder la esperanza,
sabiendo el rey nuestra union,
arderá en su corazon
el fuego de la venganza.
¿Llegó yá el abad? (Á Manfredo.)

MANFR. Aún nó.
Le aguardo impaciente, puesto
que todo se halla dispuesto
para vuestra boda.

FEDER. (Yo, (Aparte á Manfredo.)
que esta esperanza abrigué,
no la quiero realizar
sino despues de explorar

su corazon.

MANFR. ¡Vos!... ¿Por qué...?

FEDER. Tengo una duda, señor.

MANFR. Que la aclareis aconsejo.)

CONST. (¡Ay de mí!)

MANFR. Con ella os dejo.
(Pasando junto á Constanza.)
(Cumple tu deber.... ¡Valor!)
(Váse por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

CONSTANZA: FEDERICO.

CONST. (¿Qué he de hacer...?)

FEDER. Cuando yá brillan,
Constanza, en esos altares
los ardientes resplandores
de las antorchas nupciales,
permitidme que os pregunte
si no os violentais al darme
vuestra mano.

CONST. Federico,
dió su palabra mi padre,
y yo he de ser vuestra esposa....
¿Qué más quereis? (Con angustia.)

FEDER. Escuchadme.
—Bien sabeis que os amo bien;
mas confuso y vacilante
vuestras contínuas tristezas,
vuestras angustias me traen.
Como cuanto se desea
el pensamiento ve fácil,
y fácilmente se cree
aquello que más nos place,
llegaba yo á persuadirme
de que vos piadosa, afable,
os mostrábais á mi ruego,

y despues.... dejad que calle (Receloso.)
en este punto: callando
digo, señora, bastante.

CONST. No temais que vuestra esposa (Con energía.)
á lo que se debe falte,
no temais que vuestro honor
en tiempo alguno se manche:
si es preciso dar la vida,
yo la daré por guardarle.

FEDER. ¿De honra me hablais, cuando yo
tan sólo os buscaba amante?

CONST. (Expresando su dolor, á pesar suyo.)
Si mirais que de mis ojos
en silencio el llanto cae,
y el lábio suspiros brota,
que van abrasando el aire,
no os enojeis, Federico,
pues soy, en tan duro trance,
más que de vuestros rigores,
digna de vuestras piedades.

FEDER. ¡Llorais!... ¡Llorais!... ¿Por qué cáusa?
¡Cuántas en el llanto caben!

CONST. Dejad salir á la orilla
estas olas de pesares,
que, si quedan dentro, el alma
en ellas podrá anegarse.
(Con timidez, disimulando, para que Federico la crea.)
Negar que amor he tenido
fuera un temor miserable....

FEDER. ¡Constanza!

CONST. Yá es imposible
ese amor... ¡yá ha muerto! Nadie
puede volverle á la vida:
que le llore no os extrañe....
—¡Dejad que le hagan mis ojos
las exequias funerales!—
Mas no temais: ¡nunca el llanto,
por amargo y abundante,
logra arrancar á los muertos

de las tumbas en que yacen!

FEDER. ¿El que llorais, por ventura,
tiene de Enrique el semblante?

CONST. (Sorprendida, espantada al ver descubierto su secreto, y dominándose luégo.)
¡Ah!... ¿qué habeis dicho?... Señor,
yá está borrada la imágen:
no sé ni el nombre que tuvo....
¡Sólo sé que es un cadáver!

FEDER. (Intencionadamente, y observando el efecto que hacen en ella sus palabras.)
Constanza, yo sé que Enrique
os tuvo amor firme y grande....

CONST. Federico.... (Queriendo negarlo.)

FEDER. Pero ignoro
si vos, acaso, le amásteis.

CONST. (¿Qué irá á decir?)

FEDER. Si violenta
os obligais á este enlace,
por vos haré un sacrificio
que la vida ha de costarme.

CONST. ¡Vos, Federico!

FEDER. Aún es tiempo:
libre estais: podeis amarle.... (Con esfuerzo.)

CONST. ¡Federico!

FEDER. Á vuestra mano
renuncio....

CONST. ¡Si yá es en balde!
¡Imposible!... (Tal vez quiera
trono y corona usurparle....)

FEDER. Yo vuestra dicha prefiero....
Resolved....

CONST. ¡Oh, nó! ¿Pensásteis
que yo á Enrique afecto deba,
que yo.... (¡desdichas, matadme!)
pudiera robarle un trono?
Nó....

FEDER. Constanza....

CONST. Os engañásteis.

FEDER. (¡Alienta, pues, alma mia!)
CONST. (¿Hay cosa como rogarme
él mismo lo que deseo?)
FEDER. Entónces, no se dilaten (Con alegría.)
y empiecen hoy para mí
eternas felicidades.
Prueba os dará vuestro esposo
de que respetaros sabe:
no pedirá que le ameis,
sino que dejeis que os ame.
Con esto sólo me basta:
el sol para todos arde,
mas á su dulce influencia
la tierna flor se entreabre,
cobra color, toma vida,
es el encanto del valle,
y del bien que á la flor hizo
el sol se queda ignorante.
Dejad que, como la flor,
pueda yo vivir, dejadme,
aunque mi sol siempre ignore
cuánto es el bien que me hace.
CONST. ¡Federico!... ¡Noble amigo! (Conmovida.)
Si yo pudiera....

(En este momento suena el toque de una trompa de caza, lejano al principio, y que se acerca gradualmente hasta que cesa cuando lo indica el diálogo: debe sonar por intérvalos, y ser el mismo toque que se oyó en la escena IV del primer acto. Al oirlo Constanza se estremece y agita, y Federico se sorprende, prestándole ámbos atencion, movidos por diversos sentimientos.)

FEDER. ¿Escuchásteis?
CONST. ¡Qué sonido!... (¡El corazon
convulso en el pecho late!)
FEDER. (¡Qué agitacion!) (Observándola.)
CONST. (¡Imagino
que ese sonido vibrante
llama otra vez mis recuerdos,
como, en batallas campales,
á los dispersos soldados

llama el clarin al combate!)

FEDER. ¿Qué teneis?

CONST. ¡Escuchad!

FEDER. Toca,
acaso, en las soledades
de la selva, un cazador
su trompa.... ¿Qué hay que os extrañe?

CONST. Yo tiemblo....

FEDER. Pues.... ¿qué temeis?

CONST. ¡Cesó el sonido! (Queda escuchando.)

FEDER. (¡Notable
es su turbacion!)

CONST. (Con espanto.) (¡Parece
que esa trompa, en tristes ayes,
se queja de ingratitudes
que son sacrificios grandes!)

ESCENA V.

DICHOS: MANFREDO, por la primera puerta de la izquierda.

MANFR. ¡Pronto!... Ocultáos.... (Con agitacion.)

FEDER. ¿Qué acontece?

CONST. Esa alteracion....

MANFR. ¡No os halle
aquí Enrique!

CONST. (¡Ay, Dios!)

FEDER. ¡Enrique!

MANFR. De aquí no se halla distante.
¿No escuchásteis el sonido
de su trompa?—Entre los árboles,
que á la entrada de la quinta
dan sombra con su ramaje,
el abad de San Martin
esperaba que llegase;
cuando miré, de esos montes (Con rapidez.)
en los ásperos breñales,
cazadores y monteros,
que á los halcones audaces

desenlazan las pihuelas
porque volando se ufanen,
siendo piratas del viento
y horror de tímidas aves;
las voces que los excitan
oigo, el ladrar de los canes,
y, en fin, los agudos ecos
de las trompas resonantes.

CONST. Padre....

FEDER. Seguid.

MANFR. De repente
Enrique del bosque sale,
dando espuelas al caballo
y el son de la trompa al aire.

CONST. ¡Lo escuché!... (¡No me engañó
mi corazon!)

FEDER. ¿Qué le trae?
¿Viene solo?

MANFR. Otro ginete
le sigue, sin darle alcance,
que ahora mismo Enrique llega
de la quinta á los umbrales.

FEDER. ¿Sabrá, tal vez...? (Con recelo.)

MANFR. ¡Imposible!
Quizá en esos montes cace,
y viendo cerca la quinta
á ella vendrá por honrarme.
—Pero que nada sospeche....
Ocultáos.... Por esta parte,
que no podrá verte Enrique,
tú: vos, por ésta.

(Señala á Constanza la primera puerta de la derecha, y á Federico la segunda del mismo lado.)

CONST. (¡Amparadme,
santo Dios!)

FEDER. (¡Oh, quién pudiera,
hermano mio, abrazarte!)

(Vánse Constanza y Federico, cada uno por la puerta señalada.

ESCENA VI.

MANFREDO: ENRIQUE.—Éste, con traje de caza, entra por la primera puerta de la izquierda, lentamente, ensimismado, sin reparar en nada.—Manfredo se aparta de modo que Enrique no pueda verle.

ENRIQUE ¡Ay! Estos los sitios son
que vieron los años bellos
de mi niñez.—¡Cómo, en ellos,
se me ensancha el corazon!
Pero no debeis de ser
los mismos en que viví,
porque me faltan aquí
un padre y una mujer.
(Queda meditando, y Manfredo se acerca á él.)

MANFR. ¡Enrique!

ENRIQUE (Viéndole.) ¡Manfredo! ¡Vos!
¿Y no me dais vuestros brazos?

MANFR. ¡Hijo, sí! (Ofreciéndoselos.)

ENRIQUE Tan dulces lazos (Abrázanse.)
por mi bien me ofrece Dios.

MANFR. Mi señor.... mi rey....

ENRIQUE Jamás
ese título me aplique
vuestra voz.... ¡Me espanta! Enrique
quiero aquí ser, y no más.

MANFR. Eres rey....

ENRIQUE Aunque lo sea,
oh padre, que harto lo siento,
siquiera por un momento
dejadme que no lo crea.
Dejad que, con vos, aquí,
mis recuerdos evocando,
esté un instante soñando
que soy el mismo que fuí.

MANFR. Eso es locura, señor....

ENRIQUE Lo que vos digais será;

pero, en estos sitios, yá
respiro mucho mejor.
Mas decidme; ¿por qué enfermo
en palacio me dejásteis?
¿Por qué así me abandonásteis?
¿Por qué os venís de Palermo?

MANFR. Dolorosa es la razon,
señor, y no debo darla....

ENRIQUE (Con dolor, recordando y comprendiéndolo todo.)
¡Ni yo debí preguntarla!
Pero habló mi corazon.
Yo quiero olvidar, y olvido
cómo se olvida.—¡No puedo!
¡Ah, vos no sabeis, Manfredo,
todo lo que he padecido!

(Dése á la relacion que sigue cierto claro-oscuro misterioso, y las entonaciones convenientes.)

—En el momento fatal
en que, al hallar á mi hermano,
le herí por mi propia mano,
me asaltó fiebre mortal.
Y en mi delirio sin fin,
decia un ángel crüel,
viendo á Federico: ¡Abel! (Con ternura.)
y viéndome á mí: ¡Cain! (Con horror.)
Del lecho al opuesto lado,
por no verle, me volvia,
y otro ángel, otro, veia,
en resplandores bañado.
En voz baja, y con temor,
—¿quién eres?—le preguntaba,
y él, muy bajo, contestaba:
—Soy el ángel de tu amor.—
Escudo fué de mi pecho,
que, siempre piadoso y fuerte,
batallaba con la muerte
sentada junto á mi lecho.
La muerte, al fin, se alejó,
vencida por él quizás....

¡Y entónces no le ví más....
el ángel yá no volvió!

(Páusa larga, durante la cual Manfredo le contempla compasivamente.)

MANFR. Delirios son que en la mente
engendra la fiebre....

ENRIQUE (Con tristeza, dominando sus recuerdos.)
Sí.
—Restablecido, hoy salí
á cazar; toda mi gente
abandoné entre lo espeso
del monte, y aquí llegué,
que siempre cariño y fé
á estos lugares profeso.

MANFR. Gran honra con ello gano.

ENRIQUE Divertir quise un pesar, (Melancólico.)
y no pude.—Sin cesar,
pienso, Manfredo, en mi hermano.

MANFR. No le has visto....

ENRIQUE Desde el dia
en que furioso le herí....
¡Ah, sin duda huye de mí!
¡Me aborrece todavía!

MANFR. Él teme tu enojo....

ENRIQUE Yo
le amo, Manfredo, y le diera
el trono, si lo quisiera,
y él me odia.

MANFR. No te odia, nó.

ENRIQUE ¿Se cumplirá mi esperanza? (Con alegría.)
¿Nos unirá el cielo al fin?

ESCENA VII.

DICHOS: FLORA.—Baja por la escalera de caracol y se dirige á Manfredo, sin ver á Enrique.

FLORA. El abad de San Martin,
que á Federico y Constanza
debe unir en el altar,

ha llegado....

ENRIQUE (Con sorpresa, asombro y dolor.)
¡Qué escuché!

MANFR. ¡Insensata! (Reprendiendo á Flora.)

ENRIQUE (Negándose á creer lo que ha oido.)
¡Ilusion fué!
¡Que yo lo vuelva á escuchar!
(Á Flora y Manfredo, que callan, en actitud triste.)
¡Hablad!... ¡Hablad!—Pero advierto
que está vuestro labio mudo....
(Convencido por ser un mal y por la actitud de ámbos.)
Es nuevo mal.... ¡No lo dudo!
Siendo mal.... ¿no ha de ser cierto?

MANFR. Señor.... (Confuso.)

FLORA. (¡Aquí Enrique!)

ENRIQUE (Con enojo á Manfredo.) ¿Así,
en secreto, disponeis
esa union? Pues.... ¿no sabeis
que mi licencia no dí?

MANFR. Constanza, señor, no te ama... (Disculpándose.)

ENRIQUE ¡Yá lo sé! ¡Su propio labio (Con desesperacion.)
lo dijo así!

MANFR. Fuera agravio, (Con firmeza.)
señor, de tu excelsa fama,
que tú, que en el soberano
trono de Sicilia imperas,
su única dicha impidieras
á Federico, á tu hermano.

ENRIQUE Es verdad.... ¡Hasta la altura (Con sarcasmo.)
del régio trono me exaltan!
¡Soy feliz...! ¡Sólo me faltan
el placer y la ventura!
¡Mi hermano, mi hermano á hurtar
el bien que soñé se atreve!
(Venciéndose con grande esfuerzo, despues de un momento.)
No quiero que hurtado lleve
lo que yo le puedo dar.

MANFR. ¡Enrique!

ENRIQUE Yá de mí alcanza

mayor bien que la existencia....
Decídselo....

MANFR. ¿Tu licencia
le das, pues?

ENRIQUE ¡Suya es Constanza!
Decidle que, aunque el rey soy,
no tenga envidia á mi suerte,
porque yo me doy la muerte
por la vida que le doy.

MANFR. ¡Noble accion!

ENRIQUE ¡Mi honor la exije!

FLORA. (¡Qué generoso!)

ENRIQUE Manfredo,
dejadme, que tengo miedo
de pensar en lo que os dije.
Que, al pensarlo, fuera infiel
á mi palabra ahora mismo;
y el que se arroja á un abismo
no debe mirar á él.

MANFR. No hay nobleza cual la tuya.
Dios, en premio, te dá yá
la corona.

ENRIQUE ¡Y me la dá
de espinas, como la suya!

(Vánse Manfredo y Flora; aquél por la primera puerta de la derecha, y ésta por la segunda del mismo lado.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE.

¡Ay de mí! Todo fué un sueño....
¡Qué triste es el despertar!
¿Y ella á mi hermano ha de amar?
¡Calla, corazon pequeño!
Tu esperanza se derrumba,
y muerta la miro aquí....
¿Cómo te agitas así,

corazon, siendo una tumba? (Páusa.)
Amorosos devaneos,
recuerdos de dulces glorias,
ecos de tiernas memorias,
sombras de muertos deseos,
ilusion de mi esperanza,
encanto desvanecido,
bien, por mi daño, perdido,
bella imágen de Constanza,
salid de aquí, por favor,
salid de aquí.... no os detengo....
¡Dejadme solo!... ¡Yo tengo
bastante con mi dolor!

ESCENA IX.

DICHO: BENITO, por la primera puerta de la izquierda.

BENITO. Rápido yo como el viento,
como pude, te seguí
hasta hallarte....
ENRIQUE ¿Quién? ¿Tú?
BENITO. (Acercándose.) Sí.
—Vienen en tu seguimiento
Roberto y tus cazadores,
aunque léjos todavía....
ENRIQUE Este es de mi vida el dia
más funesto.... no lo ignores.
Constanza con Federico
se va á unir....
BENITO. ¿Y eso te pesa?
Cásate con la princesa....
Yá tus dudas no me explico.
ENRIQUE Yo á mi fé no he de faltar
como ella falta á mi amor....
¡Yo nunca amaré!
BENITO. (Con lástima.) Señor,

¿no acabarás de soñar?
Tú siempre en soñar te empeñas,
porque yá tengo advertido
que sueñas, si estás dormido,
y si estás despierto, sueñas.

ENRIQUE Sueño despierto.... bien dices....
¡Oh, si no soñáran más
que cuando duermen, quizás
fueran los hombres felices!

BENITO. Mas no el destino tirano
con todo el rigor te agobia,
pues si te quita una novia
en cambio te da un hermano.

ENRIQUE ¡Calla, por piedad! (Con dolor.)

BENITO. Señor....

ENRIQUE ¡Mi hermano!

BENITO. ¡Harás que me asombre!

ENRIQUE ¡Mi hermano! Tan dulce nombre
es mi desdicha mayor!
¡Huyamos, pronto, de aquí!
(Al volverse, para dirigirse á la izquierda, queda inmóvil ante la capilla.)
¡Qué triste á mis ojos brilla
de esa gótica capilla
el sagrado altar!... Allí
Constanza, en funesta hora,
á Federico ha de dar
su mano.... ¿Cómo á ese altar
se acercará la traidora?

BENITO. Señor....

ENRIQUE ¡Déjame!

BENITO. Señor,
te agitas.... te desconciertas....
Vén de aquí....

ENRIQUE ¡Cierra esas puertas!
¡Me mata ese resplandor!
(Cierra Benito las puertas de la capilla.)
¡Ah, yá en mi esfera me encuentro,
pues no es justo que haya aquí

resplandor fuera de mí
habiendo tinieblas dentro!

ESCENA X.

DICHOS: FEDERICO, por la primera puerta de la derecha.

FEDER. (Con temor, deteniéndose en la puerta.)
Señor....
ENRIQUE ¿Quién va?
BENITO. Federico.
FEDER. Sé por Manfredo, señor,
el alto y noble favor
que me otorgas.... Te suplico
que un esclavo veas en mí.
ENRIQUE Federico....
FEDER. Así te pruebo
que sé pagar lo que debo....
BENITO. (Quédense solos aquí.)

(Váse Benito por la derecha: Enrique queda á este lado, y Federico á la izquierda, separados por la mayor distancia que sea posible y conveniente: luégo se acerca uno á otro, poco á poco, segun indica el diálogo.)

ESCENA XI.

ENRIQUE: FEDERICO.

ENRIQUE (¡Qué emocion nunca sentida!)
Los dos enemigos fuimos....
FEDER. Pero los dos recibimos
de un mismo seno la vida.
ENRIQUE ¡Ay, Federico! ¿Qué error
nos cegó al punto de vernos? (Acércase.)
FEDER. ¿Nos seguirá, al conocernos,
el odio en vez del amor? (Acércase.)

ENRIQUE ¡Federico!
FEDER. ¡Enrique!
ENRIQUE ¡Impío
fué nuestro destino!
FEDER. ¡Sí! (Muy cerca los dos.)
ENRIQUE (Conmovido, ofreciendo sus brazos á Federico.)
Mis brazos están aquí.
¡Abrázame, hermano mio!
FEDER. ¡Hermano, sí!
(Precipitándose en los brazos de Enrique. Páusa breve, durante la cual permanecen abrazados estrechamente.)
ENRIQUE ¡Con qué anhelo
aguardaba yo este bien!
¡Padre, alégrate tambien (Mirando á la altura.)
si nos miras desde el cielo!
FEDER. Hermano, no más desvíos....
ENRIQUE Hermano, no más enojos....
FEDER. Lágrimas hay en mis ojos....
ENRIQUE ¡Tambien las hay en los mios!
¡Son nuestras pruebas mejores:
cuando el llanto de amor brota
apaga una sola gota
todo un volcan de rencores!
Abrázame, y soy feliz....
(Se abrazan de nuevo: Federico, al ser estrechado por Enrique, manifiesta cierto dolor, y procura suavemente desasirse de él.)
FEDER. ¡Ah!
ENRIQUE ¿Qué sientes? ¿Mal te he hecho?
FEDER. (Desasiéndose de Enrique y apartándose un poco.)
Al estrecharme á tu pecho
me duele una cicatriz.
ENRIQUE ¡Ah, calla por compasion! (Con dolor.)
FEDER. Yo no quise recordarte.... (Confuso.)
ENRIQUE ¡Que tambien, al estrecharte,
me duele á mí el corazon!
FEDER. ¿Te afliges?
ENRIQUE ¡De mis dolores
nunca la causa demandes,
pues para las almas grandes

son los tormentos mayores!

FEDER. Yo sé los tuyos, hermano.
Tú amas....

ENRIQUE Sí, sin esperanza.

FEDER. Á Constanza....

ENRIQUE Sí, á Constanza.
Negártelo fuera en vano.

FEDER. Pero ella.... (Con ansiedad.)

ENRIQUE ¡Tambien me amó!

FEDER. (¿Qué es lo que llego á saber?)
¿Y luégo...?

ENRIQUE ¡Como es mujer (Con desprecio.)
es mudable.... y me olvidó!

FEDER. ¡Ah! Te olvidó.... (Con cierta satisfaccion.)

ENRIQUE ¡Sí! Aunque aquí
rendida, amante, la veas,
Federico, no la creas.....
¡Te venderá como á mí!
No sabes la falsedad
que su corazon respira....
¡En su labio es la mentira
imágen de la verdad!
—¡Oh! Si ella me amase, yo
la corona arrancaria
de mi frente, y la pondria
en la tuya....

FEDER. Nunca.... nó.
En ella sólo se encierra
mi bien: mi pecho lo alcanza....
¿Qué valen junto á Constanza
las coronas de la tierra?

ENRIQUE Bien dices; que mi pasion,
hermano, tambien es tal,
que doy el cetro real
á cambio de un corazon.

FEDER. Si te amase todavía, (Con esfuerzo.)
yo renunciára á su mano....
y fuera tu esposa, hermano....

ENRIQUE ¡Oh, gracias!... Mas si la impía

no me ama.—¡Tuya sea yá,
Federico, su hermosura,
que el impedir tu ventura
la mia no labrará!
—Al unirte á esa mujer,
te daré la despedida....
y nunca, nunca en la vida
nos volverémos á ver.

FEDER. ¡Nunca! ¿Por qué? (Con asombro.)

ENRIQUE No respondo
yo de mi resignacion....
—¡El humano corazon
es el abismo más hondo! —
¡Podré saber que su fé (Con desesperacion.)
ella te rinde, en buen hora....
podré saber que te adora....
pero verlo no podré!

FEDER. ¡Mucho la amabas!

ENRIQUE ¡Destruya
la ausencia este afan tirano!
—¡Si tú no fueras mi hermano
no fuera Constanza tuya!
Que si otro que tú anhelára
su afecto, ántes de lograrlo,
en el acto de pensarlo,
sin compasion le matára!

FEDER. ¡Hermano!

ENRIQUE (Dominando con violencia su sentimiento.)
El antiguo encono
contra tí no ha de asaltarme,
que yo, para consolarme, (Con amargura.)
tengo, Federico, el trono:
cetro, que siempre brilló,
tengo, y la corona bella....
¡Y tú, teniéndola á ella,
tienes mucho más que yo!

FEDER. Ante ese dolor aciago
y terrible, conmovido,
hermano, perdon te pido

del mal que yo no te hago.

ENRIQUE ¡Bendita la compasion
que sientes por mi pesar! (Páusa.)
—¿Á qué hemos de dilatar
yá nuestra separacion?

FEDER. ¡Oh!

ENRIQUE ¡Terminen estas luchas! (Con decision.)

FEDER. ¿Con que al fin nos separamos?

ENRIQUE Sí.... Sí.... ¡De una vez muramos
para no morir de muchas!
Pero.... ántes.... en el momento
de esta eterna despedida,
de amarnos toda la vida
hagamos el juramento.

FEDER. Mi fé en ello está empeñada.
¡Juremos, sin vacilar!

ENRIQUE Juremos.... en el altar,
ante la Vírgen sagrada.
¡Vén, pues!

(Los dos se dirijen á la capilla y empujan sus puertas, que se abren: Constanza aparece dentro de la capilla, arrodillada á los piés del altar, con la mirada fija en la Vírgen, las manos cruzadas, y figurando que reza, poseida del más violento dolor. Enrique y Federico, llenos de asombro al verla se quedan en el dintel observándola, colocados de manera que no oculten la figura de Constanza; ésta no se apercibe de nada.—Enrique y Federico hablan á media voz, de modo que no puedan ser oidos por ella.)

ESCENA XII.

DICHOS: CONSTANZA.

ENRIQUE ¡Ah!

FEDER. ¿No es ilusion?
¡Es Constanza!

ENRIQUE ¿No deliro?
¿Es Constanza la que miro,
ó un ángel en oracion?

FEDER. Agítase en honda lucha....

ENRIQUE ¿Qué pensamiento la inspira?
FEDER. ¿Llora?
ENRIQUE Sí, llora y suspira....
Va á rezar....
FEDER. Escucha.
ENRIQUE Escucha.
CONST. (En la capilla, implorando á la Vírgen.)
Único y dulce testigo
de mi afan y mi agonía,
Vírgen Santa, Madre mia,
que tal vez lloras conmigo:
humilde á tu santuario
tu auxilio vengo á implorar,
porque tiemblo al divisar
la cima de mi calvario.
Mi amor á Enrique, el dolor
matar en mí no ha podido....
¡Concédeme tú el olvido,
que es la muerte del amor!
ENRIQUE (Dirijiéndose á la imágen de la Vírgen.)
Santa Vírgen....
CONST. (Levantándose con asombro, viniendo á la puerta de la capilla, viendo á Enrique y no á Federico.)
¡Ah...! ¡Qué acentos!...
¡Enrique!
ENRIQUE ¡Vírgen María,
tú, la que escuchar solia
nuestros mútuos juramentos
de inquebrantable ternura,
de eterna y firme pasion,
no le tengas compasion....
no escuches á la perjura!...
CONST. (Con desesperacion, volviéndose de nuevo á la imágen de la Vírgen.)
¡Nó, Madré! Dile que yo
por su bien me sacrifico....
FEDER. ¿Qué decís? (Á Constanza.)
CONST. (Viendo á Federico, con espanto y recordando su deber.)
¡Vos.... Federico!

—¡No lo digas, Madre, nó! (Á la Vírgen.)
(Sale de la capilla, y viene al proscenio con Federico y Enrique.)

FEDER. ¿Qué misterio aquí se encierra? (Receloso.)
CONST. ¡Oh, nunca querais saber
sino que soy la mujer
más infeliz de la tierra!
ENRIQUE ¡La más infeliz decia, (Con desprecio.)
y es sólo la más ingrata,
pues con sus traiciones mata
á quien por ella vivia!
CONST. ¡Que yo padezca este horrendo
no merecido suplicio,
cuando por mi sacrificio
reina!
FEDER. ¡Reina! (Yá comprendo...)
ENRIQUE ¿Qué vale lo que conquisto,
si mi dicha he de perder?
CONST. ¡Oh!
ENRIQUE ¡Para dejar de ver
valiera más no haber visto!
FEDER. (Meditando, y comprendiendo el sacrificio de Constanza.)
(Ella le ama....)
ENRIQUE ¡Quién pudiera,
dejando la majestad,
volver á su oscuridad!
CONST. ¡Ay, Enrique.... quién volviera!
FEDER. (Comprendo su abnegacion.)
Dá término á tu inquietud, (Á Enrique.)
porque no hay mayor virtud
ni más noble corazon.
ENRIQUE ¿Qué dices? (Con extrañeza.)
FEDER. Veo la verdad.
ENRIQUE Hermano....
FEDER. Tu alto destino....
la condicion.... ¡Yá adivino!

ESCENA XIII.

DICHOS: MANFREDO, que se dirije á Constanza y Federico.

MANFR. La hora ha llegado.
CONST. (À Federico, con temor.) ¡Callad!
FEDER. (À Manfredo, con rapidez y convencimiento.)
Decid.... ¿Constanza ama á Enrique,
y sacrifica su fé
para que él la mano dé
á la hija del rey Fadrique?
MANFR. ¿Lo sabeis...? (Con asombro.)
FEDER. ¡Qué abnegacion!
ENRIQUE ¡Es cierto! (Con júbilo.)
CONST. ¡Sí.... yá lo ves!
ENRIQUE ¡Oh, sí! ¡Mírame á tus piés!
¡Perdon, Constanza, perdon!
(Intenta prosternarse.)
CONST. ¡Alza! (Impidiéndoselo.)
MANFR. Del honor la ley,
para verte rey, cumplió.
ENRIQUE ¿Y quién os dice que yo
quiero, Manfredo, ser rey?
MANFR. Mi lealtad....
ENRIQUE No serlo espero
y lograr su amor en calma,
porque el reinar en su alma
es el reinar que más quiero.
Toda mi gloria abandono
si su amor me galardona:
descíñanme la corona;
bájenme luégo del trono;
nadie me llame señor;
que, bendiciendo mi estrella,
por dar á Constanza bella
prueba de mi grande amor,

quisiera, por varios modos,
tener, en mi afan profundo,
todos los tronos del mundo
para renunciarlos todos!

CONST. ¡Enrique! (Con efusion.)

ENRIQUE ¡Yá eres mia, sí! (Acércase á ella.)
¡Por tí la corona abdico!

MANFR. Esposa es de Federico,
pues mi palabra le dí.

FEDER. ¡Nó! ¡Sea tuya!—Tu hidalguía
sé imitar....

ENRIQUE ¡Grande es tu accion!

FEDER. ¡Hermano del corazon!

ENRIQUE ¡Hermano del alma mia!

(Ambos se abrazan: Manfredo y Constanza los contemplan con enternecimiento.—Páusa.)

ESCENA XIV.

DICHOS: ROBERTO, monteros y cazadores por la puerta primera de la izquierda.

ROBERT. ¿Dónde está el rey?

ENRIQUE (Presentando á todos á Federico.)
¡Vedle aquí!

ROBERT. ¡Federico!

ENRIQUE Sube al trono.
Yo renuncio.... lo abandono....

FEDER. Hermano.... (Procurando resistirse.)

ENRIQUE Reina por mí.

(Hace Federico señal de asentimiento.—Roberto y los monteros forman grupo animado, que figura comentar el suceso.)

MANFR. ¡Qué asombro!

CONST. En mis oraciones (Á Federico.)
por vos siempre rogaré,
pidiendo al cielo que os dé
sus divinas bendiciones.

FEDER. ¡No me olvideis, por favor!

ENRIQUE Reina, y todo se concilia.
Tú serás rey de Sicilia;
yo humilde rey de mi amor.
Nunca volveré á soñar
en la corona que olvido....
¡Nunca! Renunciarla ha sido
REINAR PARA NO REINAR.

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez,* calle del Cármen; de los *Sres. Medina y Navarro,* calle del Arenal, y de *Durán,* Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion,* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.